

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 439.

Administracion general, passage Saultier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Apuntes biográficos; grabados. — Banderas de los Estados confederados y timbre del Mississipi; grabados. — San Isidro. — Consejos de una madre a su hija. — Cere-

monias de la fiesta del Corpus en Marsella; grabados. — Concurso regional agricola de Lyon; grabado. — Revista de Paris. — Exposicion universal de Lóndres. — Expedicion de Cochinchina; grabados. — Una historia inglesa.

— Cartas de recomendacion. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. — Juana d'Arc. — El príncipe Alfredo de Inglaterra en San Pedro de la Martinica; grabados.

Apuntes biográficos.

EL MAYOR ANDERSON. — EL GENERAL DE BEAUREGARD.

El MAYOR ANDERSON, que acaba de defender con tanta obstinacion el fuerte Sumter, ha salido de la Escuela de West-Point en 1825. Ha hecho la guerra del Black-Hawk como teniente de la compañía mandada por el capitán Lincoln, presidente actual de los Estados Unidos, y la de Méjico, donde su conducta fué de las mas brillantes. El mayor Anderson es autor de algunas obras militares de mucho mérito.

El GENERAL DE BEAUREGARD, comandante de las fuerzas militares de los Estados confederados del Sur, descende de una de las familias mas aristocráticas de la Luisiana, y por su madre, de la familia ducal italiana de los Reggio. Su padre, rico hacendado de las cercanías de Nueva Orleans, le hizo entrar en la Escuela militar de West-Point en 1833, de donde salió en calidad de alférez segundo de artillería.

Hizo la guerra de Méjico como primer alférez, y fué nombrado capitán en el campo de batalla de Contreras y Cherusco el 20 de agosto de 1847; se distinguió en casi todas las acciones siguientes, y salió herido en el asalto de Méjico.

A la conclusion de la guerra, fué encargado por el gobierno de la construccion de la Aduana y de la casa de Moneda de Nueva Orleans, así como de las obras de fortificacion que defienden las bocas del Mississipi.

Acababa de ser nombrado director de la Escuela de West-Point, cuando un discurso muy hostil al gobierno que pronunció en el Congreso su hermano político el senador Sli-dell, le hizo perder el favor del presidente Buchanan. Entonces dió su dimision, y ha sido uno de los primeros en tomar parte en el movimiento insurreccional del Sur, cuyas tropas todas se hallan á sus



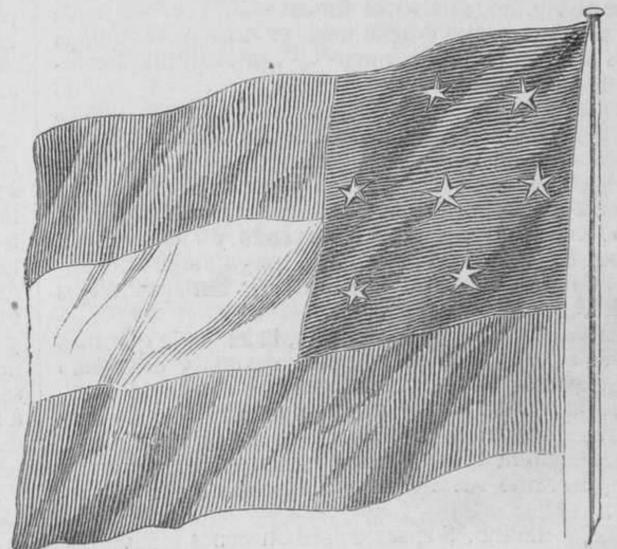
EL MAYOR ANDERSON.



EL GENERAL DE BEAUREGARD.



TIMBRE DEL ESTADO DEL MISSISSIPPI.



BANDERA DE LOS ESTADOS CONFEDERADOS.

órdenes actualmente. El general de Beauregard tiene cuarenta y tres años, y pasa por hombre muy entendido en la estrategia.

Bandera de los Estados confederados y timbre del Mississippi.

Recibimos de Jackson (Estado del Mississippi) dos dibujos que representan, el uno la bandera definitivamente adoptada por la Confederación del Sur, y el otro el timbre que acaba de ser grabado para el Estado del Mississippi.

El comité especial encargado de examinar los diferentes proyectos relativos á la bandera de la nueva Confederación, ha motivado su elección en estos términos: « La bandera que sometemos difiere completamente de todas las que existen ya; los colores que la componen, azul, blanco y encarnado, son los verdaderos colores republicanos. Heráldicamente son emblema de tres grandes virtudes: el valor, la pureza y la franqueza. Los oficiales de marina aseguran que esta bandera se reconocerá de lejos fácilmente. En su consecuencia, reúne todas las condiciones apetecidas para un estandarte nacional. »

San Isidro.

San Isidoro ó san Isidro, cuya memoria celebra con extraordinaria alegría el pueblo de Madrid el 15 de mayo, y cuyo nombre llevaba el santo patrono de Madrid en memoria de san Isidoro, obispo de Sevilla, fué hijo de un pobre labrador de las orillas del Manzanares. Se ignoran los pormenores de sus primeros años, atendida la humildad de su clase, y la falta de escritura de aquellos siglos en que ignoraban los signos paleológicos hasta los mas grandes magnates. Solo se sabe que era obediente y humilde, cualidades benditas, que economizan mil engaños, mil responsabilidades, mil remordimientos é infinitas lágrimas.

Se casó con una jóven aldeana bonita, dócil y llena de caridad. Tuvo un hijo, pero creyendo mas tarde el santo matrimonio que era ofrenda para Dios la castidad, se la ofrecieron en holocausto de la virtud.

Cuentan las tradiciones mil hechos maravillosos, que referiré para solaz de la devoción embalsamada de la poesía.

Dicen que cual otro Moisés rompió la roca al golpe de su vara, y que apareció la dulce y fresca fuente que hoy es objeto de veneración y salud. Dicen que el pan de sus limosnas era inagotable, que curaba los enfermos con su sola voluntad, y que á sus oraciones desaparecían todos los maleficios.

Refieren que al bajar en torrentes las nieves derretidas de los montes de Segovia, la inundación cobijó el puente y destruyó la obra del Manzanares. María debía pasar el alborotado río; pero ¿qué hacer? Yacia perpleja y casi llorosa contemplando desde una loma los estragos de los campos vecinos en los muchos objetos que arrastraba la turbia y enronquecida corriente. Isidro la dice: « Pasa, María, Dios te acompañará. » Y tendiendo sobre las aguas la blanca toca de la esposa casi virginal, la hizo subir sobre aquel esquife sutil. La esposa, crédula y obediente, fué conducida por las ondas. Sus manos cruzadas sobre el pecho, sus ojos en el cielo clavados, sus luengos cabellos sueltos, sus ropas de ligeros vellos de Castilla, excepto el corpiño honesto y gracioso y cruzado de rojos tirantes, parecía á Isidro una visión del cielo. El esposo la contemplaba sin horror, ella caminaba como en un bajel. Las ondas se arreciaban. La jóven subía, subía sobre las aguas como el arca de las historias sagradas. La lluvia cayendo á torrentes no la mojaba, era el ángel de las aguas. La neblina cubría la tierra, limitaba el horizonte; pero María se ve á lo lejos como las luces que rompen las tinieblas. Pasó á la otra orilla, cruzó todavía una ancha playa, y la luz de María se divisaba hasta ocultarse en el fondo de la villa.

También cuentan que genios invisibles araban las tierras de Isidro, y la biografía aceptada por la Iglesia refiere otra anécdota como esta, digna de la fantasía oriental y de la fe cristiana.

Llevaba un día Isidro al molino su trigo en compañía de otros vecinos, que todos eran sus amigos. La nieve cubría la tierra y la espesa neblina el cielo. Las ramas de los árboles, despojados de follaje, presentaban desnudas sus articulaciones, y yacían casi dobladas al peso de las blancas listas que trazaban los copos. Los pajarillos no cantaban aquel día sobre los ramos de frutas, ni sobre los ramos de las copas. Vagaban silenciosos de tronco en tronco, en bandadas mustias y desfallecidas. Apenas osaban algunos abrir su pico para exhalar algún suspiro. Ningún vuelo coqueton huyendo y enamorando, ningún trino llamando al amado, ningún signo de alegría se representaba en aquellos seres tan agradecidos y galantes con la Providencia.

Isidro comprende aquel conflicto. El lenguaje que Dios concede á todo ser lo lee con su corazón, y desatando sus henchidos fardos, tomados, les dice conmovido. Tomad, que Dios derramó el grano sobre la tierra para sustentarnos también á vosotros. Y haciendo un círculo, descubriendo la tierra que ocultaban los témpanos de nieve, derramó sus fardos á despecho de sus compañeros.

Llegó al molino. Sus sacos estaban llenos todavía. A la vuelta los pajarillos cantaban á pesar del frío, como dando gracias á su Providencia.

Isidro mostraba en su semblante el profundo placer que se goza en toda acción de caridad, aunque carecía del orgullo que levantamos en nuestro corazón, al juzgarnos adornados de alguna virtud. El como todo humilde cristiano, creía que un Ser muy superior á su frágil naturaleza era el solo agente, el solo inspirador.

Vióse amado de los justos, respetado de los sencillos; por esto se atrajo alguna vez la envidia, y muchas las murmuraciones.

Servía nuestro santo á Ivan de Vargas, en una finca rural que poseía este cerca del Manzanares. Isidro oía misa todos los días en los nuevos altares cristianos levantados sobre las ruinas de las mezquitas. Arrodillado en las iglesias de la villa, le hallaban los primeros albos de la mañana. Aun con el sol enrojecido de la aurora, volvía á su trabajo, henchido el corazón de devoto entusiasmo.

La iglesia de Antioquia ó de Atocha era á la que concurría con mas frecuencia, porque su mente, exaltada por la devoción, le representaba en la sagrada imagen el rostro vivo de la Santa de los Evangelios. Porque el santo, á pesar de su condición humilde, sabía por las antiguas escrituras de los romanos de los primeros siglos de la Iglesia, que la imagen era pintada por san Lucas y traída por el apóstol san Pedro. Sabía que la España, cristiana bajo unos imperios, apóstata bajo otros, sufrió las devastaciones de opuestas creencias, y cuando Don Altonso VI ganó los fuertes de Madrid, dió al santo que por entonces tal vez nacía, un templo de graves recuerdos de una historia cristiana.

San Isidro no había estudiado si las piedras escritas que hallaron los devastadores ó los iconoclastas, decían ó no que san Pedro había importado la santa imagen de la misma Antioquia. Para los embalsamados con la fe, la tradición es su historia, é Isidro no solo la aceptaba como del primer siglo de la Iglesia, no solo venida de tierra cristiana, sino originada del mismo cielo.

Sabía, sí, que la Iglesia histórica comenzó cristiana, que batió sus recientes murallas el paganismo, la derribaron las irrupciones bárbaras, la reconstruyó el civilizado musulmán, y por fin la reliquia de Mahoma cayó á la bandera del Lábaro.

Aquí, ante este monumento de historias mas ó menos justificadas por los documentos escritos, pero transmitidas de generación en generación, Isidro rezaba con santo fervor, cuando la envidia le acusaba de perder el tiempo en inútiles plegarias, y de abandonar su trabajo en brazos de la incuria.

Ivan de Vargas, al escuchar la acusación de los vecinos de Isidro, quiere prudentemente juzgar por sí mismo, y madruga, y se dirige á su posesión. Dicen que vió á lo lejos dos bueyes blancos que araban sus tierras, y que al aproximarse al lugar donde los había visto, desaparecieron. ¿Quién, dijo á Isidro, te ayuda en tus trabajos? — Dios solo, señor, contestó el humilde criado.

Ivan comparó sus tierras, que parecían bordadas, con las de los vecinos acusadores, cuyas malas yerbas devoraban el alimento de las raquílicas espigas, con las suyas fértiles y ricas en cosecha. ¿Qué importaba que los destructores de Isidro no perdesen el tiempo en la oración, si le consumían en malignas investigaciones, en asechanzas, en embriaguez y holganza?

Ivan dijo conmovido á Isidro: ora, para que caigan sobre todos las bendiciones del cielo.

Cuenta también la historia del santo, que habiendo caído su hijo á un pozo, subieron las aguas para que le cogiese. Cuenta que curaba enfermos con solo su palabra, que era inagotable el pan de su limosna, y que una vez, en tiempo calamitoso, pedía sin cesar á su esposa socorro para los pobres que se agrupaban á su puerta. No hay mas, le dijo esta. Todo se ha agotado. — Busca con fe y hallarás, le contestó el esposo. Con efecto, volvió la mujer obediente cargada de viandas desconocidas en su habitación.

La piadosa jóven, su compañera, no era una figura oscura ante la que brillaba llena de virtud y que al través de los tiempos veneramos. No, María no aparece en la historia de los santos ejercitando obras maravillosas para la fe, imposibles para la incredulidad. María no por eso dejaba de ser santa. Ejercitaba una virtud posible, como la de la Virgen madre de los evangelios. Era la alegría del hogar, el consuelo del atigido, y se ejercitaba sin cesar en la santa oración del trabajo.

Limpio su hogar á la primera hora del día, pintado por sus propias manos, adornado de flores de su pequeño huerto, ostentaba en la mejor habitación su altar con paños tejidos por ella misma, y sus santos favoritos al rededor de su Virgen de Atocha.

A los que teneis la dicha de creer en los prodigios que obra la santidad, os abandonamos á vuestras humildes creencias, que aceptais sin discutir, que amais tal vez sin comprender. Vosotros creéis á la Iglesia, que tras luengos años de pasados los hechos, discute con los frios testimonios de las escrituras y de las tradiciones. Vosotros creéis en las líneas que de cerebro en cerebro van escribiendo las generaciones, vosotros creéis que el Ser Poderoso que impuso las leyes de sensibilidad á los seres y de fuerza á los astros, y de orden al universo, es dueño de alterarlas por su sola voluntad. Os dejamos en la santa paz de vuestro espíritu, para dirigir nuestra voz á los que no aceptan sino los errores de su propio raciocinio y desdeñan las líneas de esta pequeña historia de piedad.

Suponed que las escrituras son fábulas que del pueblo crédulo recogieron los doctos; suponed que Dios es un esclavo de las leyes que impuso al universo, que no se ocupa de la pequeña obra del hombre, que vivimos al acaso, y que hemos venido á vivir sobre la corteza

del globo para nutrirnos de otros seres, perpetuar una raza inútil y morir individualmente. Si así pensais de esta obra humana, que resume todas las maravillas del universo, me confesareis una sola cosa que palpais aun mas que el yo de vuestros filósofos. Y es que la virtud es una esencia, es un espíritu divino que negais, que combatis, y que no obstante os postrais ante su poder, y le adorais.

No creais que existió siquiera este ni otros hombres modelos de virtud, si no hallais conformes las cronologías de sus historias. Creed que el hombre tanto calumnia en el odio, como en el entusiasmo de sus creencias. Creed que el cristianismo, cuya filosofía es mas práctica que la de todos los sabios profanos, crea en estos modelos, símbolos de su misma doctrina, y no ya os arrodilleis ante el hombre frágil, sino ante el símbolo santo del cristianismo, ante la virtud. ¿Qué importa que la persigais en Jesucristo si la adorais en la cruz? ¿Qué importa que despedazárais en los mártires al hombre, si levantásteis altares á su sangre.

No creais, pero confesadme que es digna de culto la virtud, y que las doctrinas del cristianismo y sus prácticas son las mas conformes á la civilización, á la naturaleza, á todos los pueblos y á todos los siglos.

San Isidro llegó al instante de su muerte. Las fechas mas conformes le conceden noventa años. Gran séquito le acompañó á la modesta sepultura del panteón de San Andrés.

Allí permaneció muchos años imposibles de determinar por los desacuerdos cronológicos.

Pero refiere su biografía, que fué cambiada su sepultura á petición de una señora, que habiendo visto en sueños al santo, este le había revelado, que deseaba otro lugar mas digno de la devoción que los pueblos le tributaban.

La crónica y la tradición refieren, que mas parecía el nuevo entierro resurrección, que sepultura.

El clero y la justicia fueron al ya célebre cementerio, para extraer el cuerpo, que parecía embalsamado, segun el suavísimo olor que despedía.

Fué vestido con ricas telas, que los telares moriscos suministraban á la grandeza toledana, y colocado en nueva caja, se trasladaron sus restos en procesion magnífica, aunque por pequeño tránsito, á la misma iglesia de San Andrés.

Se ha fijado la época de su aniversario en 15 de mayo, aunque los cronistas discordan sobre este punto.

Juan Diácono fué el primero que escribió la vida del santo, la que se guarda en el archivo de San Andrés, y dicen que fué la que sirvió para su canonización.

Gerónimo Quintana, Jaime de Bleda, Julian Perez y Leon Pinelo, se ocuparon con asiduo afán en buscar documentos que señalasen la época de esta gran figura tradicional; pero si bien estos y otros cronistas aseguran su existencia y su santidad, todos difieren en las fechas de tal modo, que se encuentran hasta mas de doscientos años de diferencia.

En 1619, por gestiones de Felipe III, Paulo V le beatificó, y concedió la fiesta del aniversario.

Oigamos el milagro que segun las crónicas obró con este príncipe devoto.

Volvió Felipe de Lisboa, y paraba en su palacio de Casarrubios del Monte, cuando fué atacado de unas fiebres malignas.

Se decía la misa en honra del santo, en San Andrés, cuando se recibió la nueva de que el rey espiraba. Al punto, por instancia de los magistrados, se dispuso conducir el cuerpo del santo á la habitación del rey, conducida su caja procesionalmente.

Como por encanto se improvisó un carro triunfal, y el clero y la nobleza y el pueblo se reunieron ante el pórtico humilde de la iglesia, que aun no se había reedificado. La instantánea disposición fué verificada con una pompa desconocida en aquellos tiempos.

Colocóse la caja sobre el carro de seda y pedería y flores. El clero, que entonces usaba sotanas y sobrevestas de vivos colores, seguía al improvisado y ambulante monumento con hachas encendidas. La nobleza nueva y orgullosa le seguía con luengos mantos de las recientes órdenes militares y religiosas, ostentando sus cruces y medallas, y también las armaduras relucientes recién manchadas de sangre mora en los campos de Hita. Caballos árabes cogidos en el campo de batalla, mulas concedidas á los nobles por regalías ó privilegios, carrozas, sillas, literas para las matronas, rucios para el populacho, todo caminaba hácia las afueras de Madrid, ya en filas devotas y ordenadas, ya en estruendosos y alegres pelotones.

Los sotos cercanos, ya casi destruidos, aun prestaban ramajes de verdes á la juventud devastadora, y bosques ambulantes vieron por las anchas calzadas romanas, por las orillas de las acequias moras pedregosas y encenagadas despues de la reconquista.

Por donde la procesion iba pasando, como ejércitos la engrosaba la muchedumbre. Los anchos caminos y las angostas veredas, los altos montes, los llanos y las lomas, veíanse inundados de moros amigos y de cristianos devotos. Las mozas pelaban sus pequeños huertos ó la allombra de endebles florcillas silvestres que tiraban sobre el carro. Las viejas lloraban de devoto entusiasmo, las madres asomaban á sus hijos enfermos pidiendo al santo la salud llenas de fe. Los chicos curiosos se tejían en la bulla para gozar de los diferentes espectáculos, y dulzainas, pitos, panderetas, tamboriles, palmas y hasta piezas de apero y de cocina, sacaban los mozos de los lugares del tránsito para añadir solemnidad ó alboroto á la religiosa multitud.

Quién vaga y corre en todas direcciones, buscando

ofrenda para el santo. Quién se arranca la reliquia de su pecho y la arroja al carro, quién ofrece las rosquillas que arrancó á sus hijos, y alguna cortó su hermosa trenza, la que bendecía su novio, para ofrecérsela al santo.

Carreras, gritos, rezos, cantos, pregones, llores, confusión; todo anunciaba una fiesta, un tumulto, una mezcla de sonidos y de emociones que hacia llorar de alegría, ó arrodillarse con santo terror.

Así llegaron Madrid y los pueblecillos de sus cercanías hasta el regio alcázar. El príncipe heredero les esperaba con grata comitiva, y el rey mismo, sano de su dolencia, estaba levantado y á la puerta de la habitación.

La caja fué conducida á hombros por cuatro sacerdotes y colocada bajo un dosel.

A la vuelta aun fué mas numerosa la procesion: las campanas desataron sus voces de algazara, y todos los de á pié como los que cabalgaban, venian armados de hachones encendidos

Al otro dia la iglesia de Atocha se estremecia á los cánticos en accion de gracias por la salud del rey.

No faltó vehemente devoto que viese al santo labrador entre sus celestiales intuiciones, con sus bueyes blancos, rodeado de sus ángeles labradores, y con el pellico sagrado reverberando estrellas como carbunclos rojos.

Desde entonces se celebra en Madrid el 15 de mayo la fiesta mas alegre y mas popular de toda España. En la estacion de las rosas y de las aromáticas fresas, en la estacion en que se visten los árboles con sus mantos verdes, en que la sangre de los animales y la savia de las plantas se renueva; en la estacion solemne para la humanidad, cuando todos los hombres, todos los pueblos abren, digámoslo así, las puertas del año por los ayunos, por las penitencias, por las fiestas, Madrid, despues de las abstinencias de la cuaresma, el 15 de mayo se prepara para gozar el dia mas ruidoso del año.

¡San Isidro! ¡San Isidro! ¡Llega San Isidro! Hémos aquí los preludios del dia encantador. ¡Cuántas galas se preparan, como suelen decir, para San Isidro! Los mercaderes catalanes abren sus tiendas para ostentar las galas que han de lucirse en San Isidro. Velan los zapateros para cumplir las tareas de zapatos para San Isidro. Se pelan las huertas para San Isidro, desembarcan wagones de naranjas para San Isidro, y forman montes de los famosos torraos de Borox, y se destapan cajas de dulce fruto malagueño, y se preparan cubas de Arganda y de Valdepeñas, y la improvisada fonda de Perona se alza majestuosa y como reina con las esteras y tapices que abrigaron los suelos el pasado invierno. ¡Quién disputa al hotel peroniense sus salsas, sus asados, sus fritos ni su baratura? Este dia suele excederse un poco. Pero ¿no considerais que cada racion debe hoy pagar su parte en la ereccion del edificio?

Fondines mas subalternos siembran la pradera, amurallados con colchas de camas, donde se albergan las flores y matas de los barrios bajos y de las plazas, rodeadas de la accitosa sardina, del socorrido bacalao, del mal confeccionado escabeche de Laredo, de las ricas merluzas de Valencia, y de las carnes humeantes y aromatizadas de especias.

Aquí se alzan pirámides de la fruta olorosa de Aranjuez, y las chufas y las pasas, quesos y frescas ensaladas. Todo en confusion yace en puestos ambulantes sobre derrengadas mesillas, ó se arrastran humildes por el suelo como mercancías de capitalistas de ochavos.

¡Cuánta tortilla con sus anisitos de colores y sus moscas pegadas! ¡Cuántos buñuelos como sogas de largos, y como zapatos de correosos! ¡Cuántos dulces de colores derretidos al sol, sudosos del manoseo, barnizados por las manos de los golosos chicos, se cubren de aladas y negras parroquianas!

Aquí suenan gangosas trompetitas á duo desgarrador con el grito de «¡leche, cantaritas de leche de las Navas!» Mas allá, entre los agudos pitos de cristal y las campanillas de barro, se pregonan naranjas. Las pandejetas y los tambores parece que tocan sobre nuestras cabezas segun aturden. ¡Cuánto placer encuentran los niños en los invadidos puestos, y cuánta tortura nuestros tímpanos desgarrados!

Entre los pregones de «¡rosquillas de Villarejo y de Fuenlabrá!» resuena un llanto de un chico antojadizo, que le arrastra su criada pegona.

Aunque es ancha la pradera, no faltan empujones y pisoteo, codazos y polvo, y colas pisadas y miriñaques estrujados.

Y se vende el agua del Santo en jarritas frescas, pequeñas y provocativas; pero á precio de la devocion y tambien al mismo precio del vino.

Los omnibus parecen dragones alados que tragan y vomitan gentes. Los coches, máquinas estruendosas de la civilizacion, tormento de enfermos, enemigos del zapatero, arma de muerte para los pedestres de las bullas, no corren, sino vuelan, se precipitan, para no perder ni un hábito de San Isidro ni un instante del famoso dia.

Todo aquí se levanta á brazo armado, se progona á grito tendido, se ostenta á bandera desplegada, se vende á conciencia seca, se compra á despecho del bolsillo, y se goza á todo trance.

¡Qué bello espectáculo se disfruta desde las alturas de los contornos! El rio manso parece humilde y contenido á la voz de su Santo patrono.

Cordones de gente sentada á su clara orilla, juguetea con las aguas y las piedrecitas. La extensa pradera, alfombrada de pobre yerba, como si dijéramos de alfombras baratas, se siembra de grupos gastronómicos y de enamorados, de celosos y de madres gruñonas, y de to-

da gente que canta, baila, rie, y toca, y suda, y riñe, y bebe, y cambia el paso, y se enronquece gritando.

A lo lejos y en alguna altura se ven las praderas como sembradas de floripones de todos colores. Son las enaguas pintadas, y los naranjas, y los mantones de crespon, y las fresas, y las señoras de las carretelas.

¡Ah! esto último presenta un cuadro, delicioso, ideal, fantástico. Esto pertenece á la galería del regio museo, á lo sublime de la escena. Este cuadro gracioso, encantador, no puede pintarse con la brocha que se pintan las galerías grotescas. Aquí no sirve tampoco Goya, sino Rafael. Aquí no pintaría bien Esquivel retratando admirablemente las facciones gruesas, sino Madrazo copiando lo ideal.

Porque ¡quién describe á la morena duquesa, heredera de la mas *fashionable* señora de la córte, muellemente recostada en su carro de seda, arrojando sus guarniciones pomposas con el miriñaque calado por el borde de aquella carretela, que mas parece un bote de pescar corazones, ó una concha de Venus bogando por los mares de gente, por las olas de las elegantes de la córte ó por los golfos del amor!

No os sujetéis esa mantilla, señora. No compríais los estudiados pliegues. Olvidaos de vuestras galas parisienses, porque de cualquier modo que caigan vuestras ropas, os hallareis hermosa.

Allí viene la rubia señorita de ojos inocentes, aunque de vivo azul. ¡Cuán hermosa es! ¡cuánto debe amarse á sí misma!

Y asoma uno y otro y mil coches cubiertos temiendo el mal tiempo, que parecen arcas de tesoros. Y mil abiertos, desafiando el ambiente del rio y las nubes amenazadoras. ¡Salve vosotras, reinas de las alegrías, flores de la Fuente Castellana, lumbreras de los salones, piedras preciosas de las joyas de la nobleza española! Entre vosotras hay esmeraldas y brillantes, perlas y ópalos, corales y negros azabaches. Pero si como brillais fuérais dichosas, si la holganza de la vida no os levantase pasiones y llanto, yo os repetiría: ¡dichosas vosotras las princesas de todas las fiestas!

Dichosas las que hallaron el tesoro de la vida y desconocen sus miserias. Pero ¡ah pobres delicadas señoras! que para vosotras la fiesta es el estado habitual de vuestros sentidos, aunque no el del corazon. ¿Veis aquellas frescotas menstruales que ciernen con estrépito sus entrañas y sus carnes sudosas al brincoteo de lo que llaman baile? ¡Cuán dichosas son aunque machuquen sus piés los pisotones del duro zapato de su compañero? Ella vive en hoy, en el instante. Para ella la vida es un punto matemático. Pero ese punto imaginario es pura risa ó puro llanto. Vosotras vivís en ayer y en mañana. En lo perdido y en lo que no llega, que no llegará.

Pero no desesperéis. Sed humildes de corazon como nuestro héroe Isidro; prodigad como él los bienes; sea vuestro espíritu como las fecundantes lluvias sobre estas praderas ó sobre las espigas de los campos sedientos, y vivireis entonces en un tranquilo pasado, en un dulce presente y en un glorioso porvenir.

Y vosotros, grupos alegres que habeis gozado la fiesta mas animada, quedad con Dios, hasta otro año, en que me contareis en vuestras nuevas galas cuántos han sido los frutos de la santa oracion del trabajo.

DOLORES GOMEZ DE CADIZ.

Madrid 15 de mayo de 1861.

Consejos de una madre á su hija.

Hoy cumples los quince abriles;
Hoy debes dar al olvido
Los años que han trascurrido
Entre sueños infantiles.

Ya estás lejos de ese ayer
Henchido de dulce encanto;
¡Abre tus ojos al llanto,
Que empiezas á ser mujer!

Mujer ¡ay! flor desdichada
En un desierto perdida,
Por los vientos combatida
Y por el sol calcinada.

Mujer, ángel de dolor
Que peregrino en el suelo,
Vaga triste y sin consuelo,
Sin arrimo protector.

Juguete del hombre altivo
Que le tiende odiosos lazos,
Y al cansarse, hecho pedazos,
Le arroja á sus piés esquivo.

Mujer ¡ay! nombre fatal
Que quebranto simboliza...
Prepara el alma á la liza
Porque puede ser mortal.

Que aunque débil es tu ser
Y lleno de amor profundo,
Te condena injusto el mundo
A luchar siempre y vencer.

¡Horrible destino impío!
Que en esta lucha sañuda
Tan solo vendrá en tu ayuda
El deber árido y frio.

Y aunque sangre brote el alma,
Aunque gima delirante,
Debe ostentar tu semblante
La aureola de la calma.

Que el honor de la mujer
Espejo es de tal tersura,
Que una sombra, aun la mas pura,
Su esplendor le hace perder.

Es cual capullo encendido
Que el céfiro descolora,
Pues hasta el ¡ay! le desdora
Del corazon que está herido.

Oculto siempre tu llanto
A tu destino sumisa,
Que acoge el mundo con risa
De una mujer el quebranto.

Eres bella: mil galanes
Se postrarán á tu planta, ¡
Mintiendo una pasion santa
Con solícitos afanes.

Deséchalos sin piedad
Porque son de amor ajenos,
Y el que mas, te amará menos
Que á su necia vanidad.

Y antes que esclava gemir
De una engañosa ilusion,
Arráncate el corazon
Cuando le sientas latir.

— ¿Y cuál es premio al dolor
De una lucha tan impia?
— La paz del alma, hija mia,
De los bienes el mayor.

Sí, la paz, y de ese mundo
Que hollarnos osaba necio,
Conquistar el alto aprecio
Y el homenaje profundo.

Pues si bien su lengua artera
Nuestro lustre y gloria empaña,
Desprecia á la débil caña
Y respeta á la palmera.

Y la que constante es
En la lucha aterradora,
De sí misma vencedora
El mundo abate á sus piés.

Y entonces el ser que tierno
A la virtud enaltece,
Ese puro amor la ofrece
Que es un rayo del Eterno.

Y ostentando blancas flores,
Emblemas de su pureza,
Vuela al altar, y allí empieza
De su vida los amores.

Y entonces es su ventura
Tan completa y celestial,
Que olvida el cáliz fatal
De su pasada amargura.

Y si mañana la muerte,
Callada, implacable, fria,
La sorprendiese, hija mia,
¿Qué importa si ha sido fuerte?

¿Si á su lado llorarán
Mil dulces seres queridos,
Si por siempre bendecidos
Sus pobres restos serán?

¿Si espira dando un perdon
Generoso á los agravios,
Con la sonrisa en los labios,
La calma en el corazon?

Recorre esa estrecha senda
Que á la ventura te guia:
Hay en el cielo, hija mia,
Quien te juzgue y te comprenda.

ANGELA GRASSI.

Ceremonias de la fiesta del Corpus en Marsella.

Mas de una vez lo hemos dicho ya; si en Paris las grandes fiestas de la Iglesia que tienen en todo el orbe catolico una pompa exterior, se celebran aquí á puerta cerrada, en cambio en las provincias, sobre todo en los departamentos meridionales, su celebracion al aire libre no ha perdido nada de los antiguos esplendores. En Marsella la fiesta del Corpus presenta particularidades dignas

de señalarse. En la mañana de ese día solemne, Marsella comienza por celebrar su fiesta de Nuestra Señora de la Guarda. Con este fin, al despuntar la aurora, los penitentes blancos de la cofradía del Espíritu Santo se dirigen á la antigua capilla edificada por el piadoso rey Francisco I, de donde sacan, para llevarla en procesion, la estatua de plata de la Santísima Virgen. Entonces resuenan los cánticos matutinos, y las puertas de la «Torre de marfil» se abren ante la «Estrella de la mañana.» Marsella se despierta y acude, representada por los marineros, que tienen un culto particular á la «Consoladora de los afligidos,» por las madres y sus hijos, los soldados y las cofradías. La procesion se encamina lentamente á lo largo de los flancos de la montaña, sobre una alfombra de salvia, de tomillo y retama, cuyos olores se mezclan con las frescas brisas del mar azulado que hierve á la falda de los peñascos. En el horizonte se descubren, costeano la isla de Pomegue y el castillo de If, muchas barcas con velas blancas que se inclinan como para saludar á la Santísima Virgen. A la entrada de la ciudad la muchedumbre se apiña mas compacta, las calles están cubiertas de verdura, los balcones invadidos por un público que junta el respeto con la curiosidad, y una vez que ha llegado ante las casas consistoriales, la venerada estatua queda depositada en un altar donde recibe las ofrendas de todos los fieles que se encomiendan á ella. ¡Qué de joyas cinceladas en forma de corazones, de peces, de navíos y de cruces, adornan al cabo de pocas horas la imágen santísima! Marsella se distingue por el culto que profesa á la Virgen María.

Tenemos que mencionar tambien la *Procesion del buey*, cuyo origen data del siglo de la fundacion de Marsella. En la estadística de la Provenza leemos lo siguiente:

«El toro figura en casi todas las medallas halladas en



CEREMONIAS DE LA FIESTA DEL CORPUS EN MARSELLA.

Los penitentes blancos bajando en procesion la estatua de plata de la Virgen de Nuestra Señora de la Guarda.

el departamento. Los marseleses le ofrecian en sacrificio á Diana, y es probable que el cortejo del buey de la fiesta del Corpus no sea otra cosa que la representacion de los antiguos sacrificios. No podemos decir cómo se ha perpetuado y porqué ha venido á colocarse en la fiesta del Corpus mas bien que en otra época del año; nos limitaremos pues á observar que el traje de los carniceros que acompañan al buey recuerda bastante el de los sacrificadores que llevaban la túnica recogida ó corta, é iban desnudos de la cintura arriba; que adornaban la víctima con guirnaldas de flores y doraban sus cuernos, como se hace aun; y por último, que en las ocasiones solemnes repartian al pueblo la carne cruda, costumbre

todas partes á esta criatura, que hace así su entrada en el mundo.

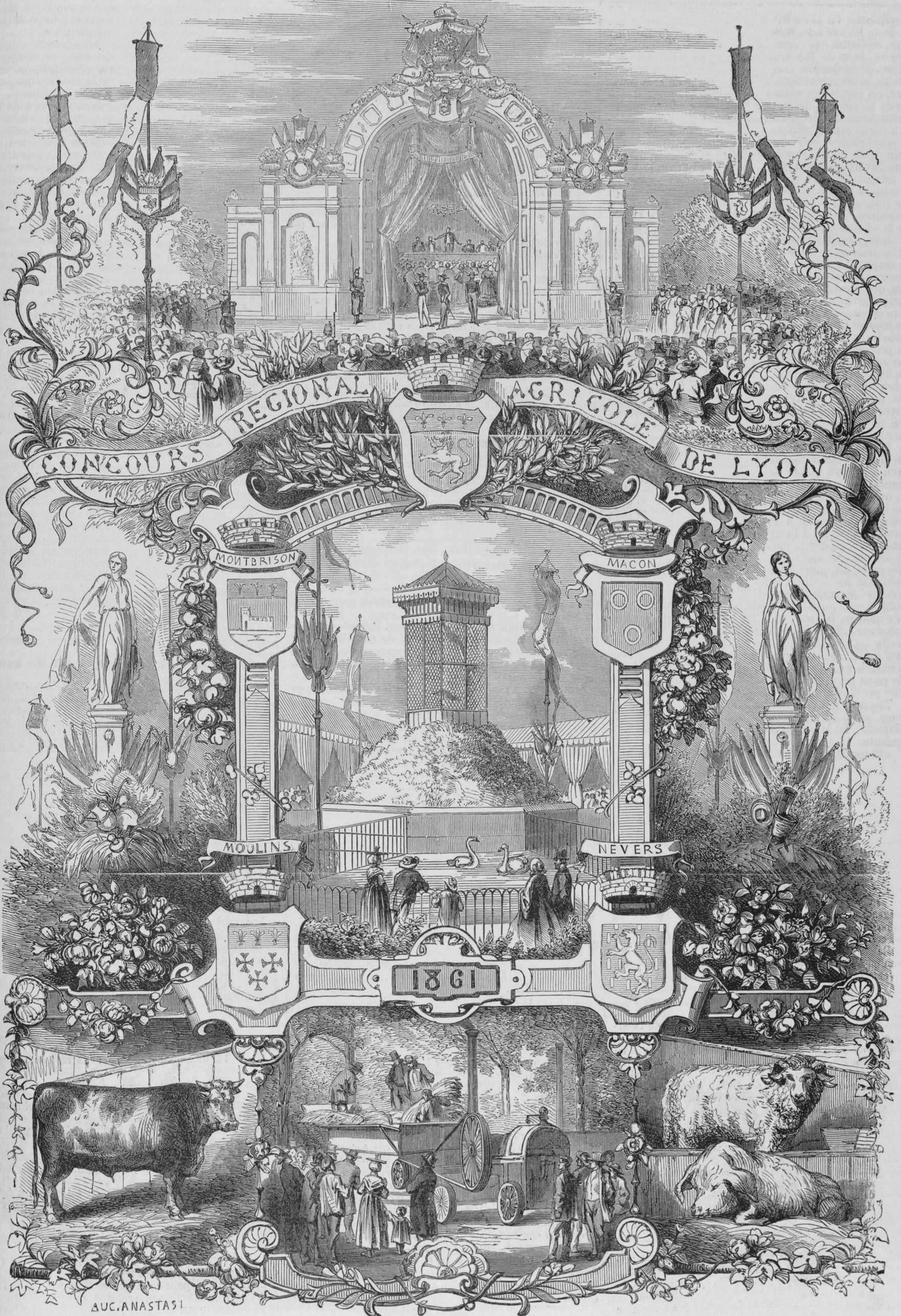
B. H. R.

Concurso regional agrícola de Lyon.

Un concurso agrícola presenta inevitablemente dos aspectos distintos, procedentes el uno del punto de vista práctico, y el otro del punto de vista pintoresco. La parte práctica del concurso es la exposicion de los animales y las máquinas, las mejoras introducidas en las razas de animales y en los instrumentos de agricultura.



LA PROCESION DEL BUEY GORDO.



AUC. ANASTASI

CONCURSO REGIONAL AGRICOLA DE LYON EN 1861.

Pasamos sin detenernos sobre estas materias, que no estarian muy en su lugar tratadas en nuestro periódico. Si el genio de los inventores hubiese producido una obra capital, no hay duda que publicaríamos su dibujo; pero nada de esto ha sucedido. Los jueces del concurso han hecho constar que el progreso seguía una marcha razonable y casi satisfactoria, sin operar de esas revoluciones repentinas que marcan una nueva era. No obstante, en esta penuria sirve de consuelo el ver que los espíritus, si son impotentes para crear, al menos conducen los procedimientos ordinarios á su mas alto punto de perfeccion, y mejoran todo cuanto pueden.

El aspecto general que ofrecia la exposicion, merece ser descrito, y en las líneas siguientes hallará el lector explicacion de los dibujos que nos han sido transmitidos.

Delante de los terrados y de las bóvedas que sostienen el embarcadero de Marsella y de Paris, se extienden á la derecha y á la izquierda, del Ródano al Saona, las espaciosas avenidas del paseo Napoleon. Sobre la via pública que corta en dos este magnífico paseo, enfrente del cuerpo principal del embarcadero, se abrian las dos avenidas centrales del campo de la Exposicion, adornadas á su entrada con altas y elegantes columnas rústicas cargadas de frutas y de flores, y enlazadas con instrumentos de cultivo: los capiteles estaban coronados con estatuas alegóricas.

Al Levante y al Poniente la vista se perdía en una larga perspectiva de palos venecianos, de trofeos, de tiendas de vivos colores, bajo las cuales se hallaban á cubierto los animales y los objetos expuestos.

Al Oeste se alzaba la tienda construída para la distribucion de las primas. Un arco de triunfo cargado de atributos y de emblemas figuraba el pórtico.

Al Este en el fondo habia un gracioso promontorio de flores de mil colores rodeado de surtidores de agua con un estanque circular donde nadaban las especies acuáticas mas variadas. En lo alto del cerro habia hermosos pavos reales en una jaula de madera recortada en festones.

Esta jaula habia sido trabajada en Lyon por M. Gancel. Las tiendas formaban parte del material de la casa Godillot de Paris. Las columnas de los trofeos y el pórtico de la tienda de honor habian sido pintados con toda la magia del arte de un decorador acostumbrado á los efectos de las grandes escenas.

La muchedumbre circulaba libremente por los vastos espacios que la hermosura del lugar hacia mas admirables todavía.

Aquel inmenso cuadro tenia por últimos términos, por un lado las risueñas colinas del Saona, y por el otro las profundidades del horizonte cortado en una lontananza vaporosa por las nevadas cumbres de los Alpes de la Francia, de la Suiza y de la Saboya.

En fin, en medio de esto hay que representarse los variados trajes de las provincias, las músicas militares, los dentistas ambulantes, el silbido de las máquinas, etc., etc., y se tendrá una idea de lo que ha sido esa exposicion maravillosa que ha tenido á Lyon en fiestas continuas durante una semana. J. M.

Revista de Paris.

A principios del año último dos jóvenes, íntimos amigos, se encontraban una noche en los Italianos, y hablaban de un baile á que habian asistido la víspera.

Entre las señoras que mas habian brillado en aquella gran reunion, se contaba una cuyo nombre acudia sin cesar á sus labios, y cuando uno de los amigos le pronunciaba, el otro clavaba en él una mirada ardiente de curiosidad y de desconfianza recelosa.

La persona en cuestion era una joven viuda, hermosa, rica y elegante, cuyas buenas gracias se disputaban á porfia una porcion de admiradores. De carácter antojadizo é irascible, toda contradiccion la era insoportable, acostumbrada como se hallaba á ver que todo cedia ante su voluntad.

Aun no habia elegido entre sus numerosos pretendientes; pero entre tanto, lo que hacia era burlarse de ellos é imponerlos sus caprichos, y seguramente los habria cansado á todos si no hubiese sido por los treinta mil pesos de renta que iban unidos á su blanca mano.

Nuestros dos amigos, sin acordarse de la Penco y de la Alboni que arrebatában al público aquella noche en la ejecucion de la *Semiramis*, se examinaban mutuamente y se trazaban un plan de campaña.

— Mira, dijo Eduardo, el mas franco de los dos, estoy viendo claramente lo que nos pasa: los dos amamos á la viuda y los dos aspiramos á su mano, ¿no es verdad?

— Así es, contestó Alfredo, joven de carácter mas reservado.

— Bien, repuso el otro; quiere decir que seremos rivales, pero enemigos nunca; si te parece, hagamos un convenio.

— ¿Cuál es?

— Comprometámonos aquí á revelarnos todo cuanto hagamos, á no emplear ningun medio desleal para conseguir nuestro propósito.

— Corriente; pero si elige á uno de los dos, ¿qué debe hacer el otro?

— Retirarse sin pronunciar una palabra.

— Está aceptado.

Dijo Alfredo alargando la mano á su compañero. Sin embargo, se le ocurrió añadir una cláusula al convenio: cada cual obraría á su manera, y solo tendría que dar cuenta de los resultados.

Una vez concluidas las estipulaciones, los dos amigos se despidieron.

Eduardo comenzó al otro día su tarea. Impaciente por llegar á sus fines, abandonaba lo menos que podia al objeto de sus pretensiones. Era como la sombra de la viuda; la seguía por todas partes, se sometía á todos sus caprichos y extravagancias, la obedecía en todo y por todo, y trataba de adelantarse á sus mas ínfimos deseos.

Alfredo por el contrario la veía rara vez; no se presentaba en su casa sino en las ocasiones en que creía poder producir algun efecto; se mostraba respetuoso cual ninguno, y hasta indicaba que se juzgaba indigno de toda atencion por parte de la opulenta señora. Lo mas que hacia era enviar de tiempo en tiempo un ramillete misterioso que ocupaba por algunos instantes la imaginacion de la viuda.

Jamás se presentaba en público con ella, y por el contrario se mostraba asiduo cerca de otras señoras que podían hacerla alguna sombra por su belleza y posicion.

La viuda no pudo menos de observarlo y aun de quejarse de ello; se lo dijo con cierto despecho á Eduardo, que lo celebró, casi creyendo ya que con un rival por aquel estilo tenia ganado el juego.

En esto llegó el verano, y la viuda se marchó á Baden. Eduardo la siguió y continuó el papel que se habia dado, sin advertir que no adelantaba mucho.

La joven le recibía siempre con toda confianza; se conocía que no le consideraba con formalidad, y que le tenia como uno de esos hombres que suelen encontrar las coquetas para que les sirvan de maniqués en todos sus antojos.

En cambio, cada vez que oía pronunciar el nombre de Alfredo, los ojos de la viuda chispeaban de ira; decía que era un ser lleno de defectos, le acusaba de ser enemigo de la buena sociedad, y de estar encaprichado con ciertas mujeres.

Eduardo no se alarmaba con tales injusticias, y fiel á lo prometido, daba parte de ellas á su infortunado rival, que á su juicio debía perder toda esperanza.

Al cabo de mes y medio de residencia en Baden, la viuda declaró un día que se aburría allí y que trataba de volver á su casa.

Eduardo se deshizo en instancias y súplicas, pero todo en vano; lo único que logró fué que le despidieran rotundamente y la viuda le prohibió que volviera á presentarse delante de ella antes de medio año.

No habia remedio para él; se habia hecho fastidioso á fuerza de ser servicial, y le perdía aquello mismo en que habia fundado sus esperanzas de triunfo.

Era entonces el mes de setiembre, esa época del año en que Paris se halla completamente desierto de parisienses. La rica viuda queria aprovechar esta ocasion de vivir retirada, lejos del bullicio y de las fiestas continuas que se dan en verano en los lugares consagrados por la moda, como el que dejaba.

Un día que habia entrado á pasearse en el jardin de Tullerías, distinguió á Alfredo que pasó á su lado y se perdió al instante entre los árboles. Apenas tuvo tiempo de verle bien.

Volvió á la otra tarde, pero ya no le encontró, y esto mismo fué sucediendo durante algunos días.

No cabia duda: Alfredo estaba en Paris y dejaba el paseo de Tullerías porque iba ella.

No habia paciencia que bastara; queriendo saber á qué atenerse respecto de aquel odio tan pronunciado, le escribió una carta diciéndole que deseaba verle. En el contenido de la esquila se notaba cierto tonillo de enfado que debia hacer correr al punto al hombre que le motivaba; sin embargo, Alfredo no se presentó sino dos dias despues.

A su entrada el semblante de la joven se encendió, le recibió con frialdad y le saludó con cierta altanería.

Alfredo, turbado hasta lo sumo, quiso entablar la conversacion con una indiferencia que se conocía muy bien era fingida.

La situación era embarazosa para entrambos. Ella le hizo dos ó tres preguntas sin ton ni son, como suele decirse, hasta que al fin cansada de disimular exclamó de repente:

— He llamado á Vd. para preguntarle francamente porqué se esconde Vd. de mí; no creo que nada por mi parte haya autorizado una antipatía á la cual estoy poco acostumbrada.

Estas palabras pronunciadas con mucha sequedad, dejaron cortado al joven. La ocasion no podia ser mas propicia: si la desperdiciaba, quizás no se presentaría ya nunca.

La viuda que vio su turbacion, insistió en su empeño.

— En efecto, señora, respondió Alfredo, tengo una razon para huir de Vd...

— ¿Y esa razon?

— No puedo decirla.

— ¡Cómo! repuso la joven con cierta acritud; ¿me dejará Vd. ignorar una cosa que me concierne?

— Es preciso.

— Pues en ese caso debo decir á Vd. que no volveremos á vernos nunca.

— ¡Nunca!

— Sí, señor, nunca, si Vd. se obstina en guardar silencio.

— Pues entonces, ya que lo exige Vd., hablaré; pero ante todo necesito una promesa.

— Veremos: explíquese Vd.

— Quiero que me perdone Vd. lo que voy á decir, y que si mis palabras la ofenden, me permitirá que me retire.

Hecha la promesa, Alfredo confesó que desde hacia tiempo amaba á la hermosa viuda, sin atreverse á sustentar ninguna esperanza. Se consideraba como indigno de ella, y desgraciado hasta lo sumo habia tratado de distraerse y de olvidar ocupándose de otras mujeres. A toda costa deseaba arrancar de su corazon aquel sentimiento que hacia la desesperacion de su vida. Cuando ella se dignó llamarle, trató de huir, pero en vano; cuanto mas combatía su pasion, menos la sofocaba. Concluyó diciendo que él habia enviado los ramilletes, esas tentativas misteriosas de que no habia recogido resultado alguno.

— ¿Y porqué el misterio? exclamó la viuda.

Estas palabras envolvían una declaracion que fué acogida

ardientemente. Alfredo comprendió que su amor era correspondido, y no tardó en convenirse el matrimonio.

El lance es nuevo en verdad, pero en su fondo es tan antiguo como el mundo. Mucho se ha escrito sobre el amor, sobre las causas que le provocan, sobre las que le hacen desaparecer; todo en vano, pues cuanto mas se profundiza esta materia, tanto mas resalta la ignorancia del que pretende resolver la cuestion en un sentido ú otro. El amor existe porque existe; á veces nace justamente con aquello que debería sofocarlo; rechaza lo que le ofrecen, y se obstina en alcanzar lo que le niegan; hé ahí la explicacion de nuestra historia.

La Opera Cómica ha dado otra novedad esta semana, *Salvador Rosa*, ópera en tres actos de MM. E. Grangé y Trianon, música de M. Duprato. Su éxito no ha sido brillante; ni el argumento, cosa de gran importancia en este teatro de canto y de declamacion á la vez, ni la ejecucion, han satisfecho al público. Y sin embargo, la música de este joven compositor M. Duprato rebosa frescura y originalidad, una habilidad precoz en la instrumentacion y una tendencia muy laudable hácia la melodía. M. Duprato es todo lo italiano que puede ser escribiendo para una escena francesa, con lo cual creemos hacer un gran elogio de su talento. Veremos si en adelante un libretto mejor escogido le proporciona ocasion de salir con el lucimiento completo á que es acreedora su excelente música.

En la Grande Opera se estrenó el miércoles último un baile titulado el *Mercado de los Inocentes*, que habria pasado desapercibido, tal es en efecto su insignificancia, á no ser porque ha dado lugar á un pleito del que han hablado todos los periódicos.

Un escritor, M. R. Lordereau, pidió á la justicia que se obligara á M. Royer, administrador del teatro, á poner su nombre en los carteles junto con el de los autores. Este baile se representó por primera vez en San Petersburgo hace ya algun tiempo, y el libretto está escrito en lengua rusa. Ahora bien, para adaptarle á la escena francesa y para hacer comprender las pantomimas á los artistas, se necesitaba una traduccion, la que fué encargada á M. R. Lordereau. ¿Debe considerarse como una verdadera colaboracion en la pieza la traduccion del libretto de un baile-pantomima, cuando no se pronuncia en las tablas una sola palabra de ella?

Tal era la cuestion que debia resolver la justicia, pues M. Alfonso Royer no habia querido poner en los carteles el nombre del traductor de la obra.

M. Jooss, abogado de M. Lordereau, ha sostenido que el traductor de un libretto puede exigir que se estampe su nombre en los carteles como colaborador de la pieza, derecho que nunca se ha negado al traductor de una obra teatral, sea cual fuere su género.

Insistiendo el administrador de la Opera en su negativa, el tribunal ha desestimado la demanda de M. Lordereau, fundándose en que el baile titulado el *Mercado de los Inocentes*, ha sido obra primitiva de Petipa; que este baile se representó en San Petersburgo en 1859, y que las correcciones y modificaciones que para adaptarle á la escena francesa han sido hechas en él por Lordereau, no bastan para que se le considere á este como autor ó colaborador del autor verdadero.

Para concluir esta revista anunciaremos que el Instituto de Francia en su sesion general del 29 de mayo ha sancionado la designacion hecha por la Academia francesa de la obra de M. Thiers, *Historia del Consulado y del Imperio*, como merecedora del gran premio de veinte mil francos fundado por el emperador.

El número de votantes era de 153.

En pro de la proposicion de la Academia hubo 96 sufragios, y en contra 50. — Boletines blancos 7.

Varios periódicos por espíritu de partido han censurado la eleccion académica; pero en general ha sido aprobada y elogiada como se merece.

MARIANO URRABIETA.

Exposicion universal de Londres.

Los comisarios de la gran Exposicion universal que ha de tener lugar en Londres en 1862, han publicado la instruccion siguiente que informará á nuestros lectores de la clasificacion de objetos admisibles á la misma, y condiciones á que los expositores habrán de sujetarse. Dice así esta instruccion, de la que tomamos únicamente lo que interesa á los extranjeros:

EXPOSICION INTERNACIONAL

DE OBRAS DE LA INDUSTRIA Y DE LAS ARTES, QUE HA DE CELEBRARSE EN LONDRES EN 1862.

Comisarios de Su Majestad.

El conde Granville, K. G. lord presidente del consejo.
El marqués de Chandos.
Tomás Baring, esquire, miembro del Parlamento.
C. Wentworth Dilke, esquire.
Tomás Fairbairn, esquire.
F. R. Sandford, esquire, secretario.

Decisiones de los comisarios de S. M. sobre los puntos relativos á la exposicion, que pueden interesar á los expositores extranjeros.

Abril de 1861.

1. Los comisarios de S. M. han fijado para la apertura de la Exposicion el jueves 1º de mayo de 1862.
2. El edificio para la Exposicion se construirá junto á los jardines de la real sociedad de Horticultura, y á la inmediacion del terreno en que estuvo en 1851, cuando se celebró la primera Exposicion internacional.

3. La parte del edificio destinada á la Exposición de pinturas será de ladrillo, y ocupará todo el frente hácia Cromwell road; la parte en que ha de colocarse la maquinaria se extenderá á lo largo de Prince-Albert-road por el lado occidental de los jardines.

4. Toda obra de industria que se presente deberá haber sido producida despues de 1850.

5. Sujetándose á la necesaria limitación de espacio, toda persona podrá exponer, sea como dibujante, inventor, fabricante ó productor de géneros, haciendo constar el carácter con que se presenta.

6. Los comisarios de S. M. se entenderán con los expositores extranjeros y de las colonias, solamente por conducto de la comisión que el gobierno de cada país extranjero ó colonia designe á este efecto; y no se admitirá artículo alguno de ningún país extranjero ó de las colonias sin el V^o B^o de dicha comisión.

7. Los expositores no pagarán nada por el local.

8. Todo artículo producido ó obtenido por la industria humana, sea de: Primeras materias, Maquinaria, Manufacturas y Bellas artes, será admitido á la Exposición, excepto

1. Animales vivos y plantas.
2. Vegetales frescos y sustancias animales susceptibles de putrefacción.
3. Sustancias detonantes ó peligrosas.

Pistones y otros artículos del mismo género, podrán ser expuestos, con tal que no tengan pólvora fulminante: también los fósforos con cabezas imitadas.

9. Espíritus ó alcoholes, aceites, ácidos, sales corrosivas y sustancias de naturaleza muy inflamable, no se admitirán sin permiso especial y como no se hallen colocadas en fuertes frascos de cristal.

10. Los artículos presentados se dividirán en las siguientes clases:

Sección primera.

1. Productos de las minas y canteras, metalurgia.
2. Sustancias químicas y productos y procedimientos farmacéuticos.
3. Sustancias alimenticias, incluso los vinos.
4. Sustancias animales y vegetales que tienen aplicación á la industria.

Sección II.

5. Material fijo y móvil que se emplea en los ferro-carriles.
6. Carruajes que no marchan por rail.
7. Máquinas y útiles para la fabricación.
8. Maquinaria en general.
9. Máquinas é instrumentos de agricultura y de horticultura.
10. Artes diversas que tienen relación con la construcción civil.
11. Arte militar, armamento y vestuario, artillería, armas menores.
12. Arquitectura naval, aparejos de los buques.
13. Instrumentos para las ciencias filosóficas y procedimientos que dependen de su uso.
14. Aparatos fotográficos y fotografías.
15. Instrumentos horarios.
16. Instrumentos de música.
17. Instrumentos quirúrgicos y sus aplicaciones.

Sección III.

18. Algodón.
19. Lino y cáñamo.
20. Seda y terciopelos.
21. Lanas y estambres y mezclas.
22. Alfombras.
23. Tejidos, hilados, fieltros y telas pintadas cuando se exhibieren como muestras de estampado y de tinte.
24. Tapicería, encajes y bordados.
25. Pielés, plumas y cabellos.
26. Cueros y todo lo relativo al arte de sillero y guarnicionero.
27. Artículos de vestir.
28. Papel, imprenta y encuadernación.
29. Aparatos para la educación y sus aplicaciones.
30. Muebles y colgaduras, incluso papel pintado y papel maché.
31. Hierro y quincalla.
32. Acero y cuchillería.
33. Obras en metales preciosos y sus imitaciones y joyería.
34. Cristal.
35. Loza.
36. Productos no comprendidos en las clases anteriores.

Sección IV.

37. Arquitectura.
38. Pinturas.
39. Escultura, grabado en hueco.
40. Grabados.
41. Para las secciones I, II y III se distribuirán premios ó recompensas al mérito en forma de medallas.
42. Pueden ponerse los premios sobre los artículos expuestos que se comprenden en las secciones I, II y III.
43. Los comisarios de S. M. recibirán todos los artícu-

los que se les envíen desde el miércoles 12 de febrero hasta el lunes 31 de marzo de 1862 inclusive.

14. Los artículos de gran volumen ó peso y de trabajosa colocación deberán ser remitidos antes del sábado 1^o de marzo de 1862; y los fabricantes que deseen exponer maquinaria ú otros objetos que requieran cimientos ó preparativos especiales, deberán manifestarlo al efecto al hacer su pedido de espacio.

15. Todo expositor cuyos productos puedan colocarse juntos, queda en libertad de presentarlos como mejor le parezca mientras su disposición sea compatible con el orden general de la exposición y la conveniencia de los demás expositores.

16. Cuando se desee presentar procedimientos de fabricación se admitirán suficiente número de artículos, con tal que no sean idénticos, para dar á conocer el procedimiento; pero no habrán de exceder del número prefijado (17—25) (1).

26. Los expositores deberán entregar sus productos en la parte del edificio que se les designe, pagados el flete, porte y toda clase de gabelas y derechos que sobre ellos pesen.

27. Empleados de los comisarios de S. M. descargarán los carros y conducirán los bultos á los sitios designados en el edificio.

28. Recibido aviso de los comisarios de S. M. de estar depositados en el edificio los bultos, los expositores ó sus representantes ó agentes deberán proceder á desembalar, reunir y colocar los objetos.

29. El expositor ó su agente harán sacar á sus expensas los cajones de embalaje tan pronto como los productos hayan sido reconocidos y héchose cargo de ellos los comisarios. Si no los hubieren retirado á los 30 días de habérselo advertido, se dispondrá de ellos, y su producto ingresará en los fondos de la exposición (30—34).

35. Los comisarios no suministrarán ni mostradores ni adornos. Los expositores, sujetándose únicamente á las reglas generales necesarias, podrán disponer, segun su gusto, todos los mostradores, estantes, vidrieras, canchillos, tiendas, colgaduras y demás aparatos que consideren convenientes para la mejor presentación de los objetos.

36. Son de cuenta de los expositores las cubiertas que necesiten para resguardar sus géneros del polvo, así como los medios que haya que emplear para librar del orin durante la exposición la maquinaria y objetos pulimentados (37—42).

43. Queda á cargo de los expositores asegurar sus objetos expuestos si desearan esta garantía. Se adoptarán todas las precauciones para evitar fuego, hurtos y demás pérdidas, y los comisarios de S. M. prestarán cuantos auxilios les sean posible para la persecución legal de toda persona culpable de robos ó de daño voluntario en la exposición, pero no responderán de las pérdidas ó deterioros de cualquiera clase que puedan ocasionarse por fuego ó hurto ó de cualquier otro modo.

44. Con permiso escrito de los comisarios de S. M. los expositores podrán tener dependientes (varones ó hembras) para cuidar de los artículos expuestos y dar explicaciones sobre ellos, pero estará prohibido á tales dependientes invitar á comprar á los visitantes (45—49).

50. Una vez depositados en el edificio los objetos, no se permitirá sacarlos sin licencia escrita de los comisarios de S. M. (51—54).

55. Los comisarios de S. M. proveerán de tubos de vapor (no excediendo de 30 libras por pulgada) y de agua, á alta presión, para máquinas en movimiento.

56. A los que deseen exponer máquinas en movimiento, se les permitirá que estas trabajen, en cuanto sea posible, bajo su propia inspección, y servidas por gente que ellos pongan (57—99).

100. Los expositores extranjeros y de las colonias se dirigirán á la comisión ó autoridades centrales designadas por el gobierno extranjero ó de la colonia luego que tengan noticia de su designación.

101. Los comisarios de S. M. solamente se entenderán con los expositores por medio de la autoridad central que designare el gobierno en cada país.

102. Ningun artículo de la industria extranjera, cualquiera que sea su procedencia ó naturaleza, será admitido á la exposición si no trajere el V^o B^o de la autoridad central del país en que se hubiere producido. Los comisarios de S. M. comunicarán á dicha autoridad central el total espacio que puede concederse á los productos de su país, así como las ulteriores condiciones y limitaciones que podrá dictar respecto á la admisión de objetos. Todos los artículos aceptados por la misma autoridad central serán admitidos, con tal que para su colocación no requieran mayor espacio que el asignado al país de donde procedan, y que no contravengan á las condiciones y limitaciones generales. Corresponde á la autoridad central de cada país decidir sobre el mérito de los diferentes artículos que se le presentaren con destino á la exposición, y cuidar de que los que se envíen representen fielmente el estado de la industria entre sus compatriotas.

103. A cada país extranjero se le señalará un espacio separado, dentro del cual los comisarios del mismo país podrán colocar los productos que les sean confiados como mejor les pareciere, sujetándose á la condición de que toda la maquinaria se exponga en la parte del edificio especialmente afecta á este objeto, y todas las pinturas en las galerías de bellas artes, y á la observancia de las reglas generales que puedan dictarse por los comisarios de S. M. en favor de la conveniencia pública.

(1) Varios números se dejan en claro para poder incluir decisiones posteriores.

104. Por concierto hecho con el gobierno de S. M., todos los géneros extranjeros ó coloniales destinados á la exposición, enviados y dirigidos conforme á las reglas establecidas ó que en adelante se establecieren, entrarán en el país y podrán ser trasportados al edificio de la exposición sin que sean previamente registrados y sin pagar ningún derecho; pero todos los géneros que no fueren reexportados al terminarse la exposición, satisfarán los derechos marcados por la legislación de aduanas (105—108).

109. No entra en las intenciones de los comisarios de S. M. dar paso alguno para la protección de invenciones ó dibujos por privilegio ó registro, habiendo sido la ley sobre estos puntos esencialmente simplificada despues de 1851.

Decisiones especialmente aplicables á la sección IV.

Bellas artes modernas.

Clase 37. Arquitectura.

38. Pinturas al oleo y á la aguada y dibujos.
39. Escultura y grabado en hueco.
40. Grabados.

110. Siendo el objeto de la exposición demostrar los progresos y estado actual del arte moderno, cada país decidirá el periodo del arte que respecto de sí crea mas conveniente para este fin.

112. No se propondrán premios en esta sección.

113. No se permitirá fijar precio sobre ninguna obra artística expuesta en esta sección.

114. Una mitad de espacio destinado á la sección IV se dejará á los países extranjeros, y otra mitad se reservará para las obras de los artistas ingleses y de sus colonias.

115. La subdivision del espacio asignado á los países extranjeros se hará en vista de las demandas que hagan estos. Es pues importante que se dé conocimiento de dichas demandas cuanto antes á los comisarios de S. M.

116. La colocación de las obras artísticas en el espacio asignado á cada país extranjero quedará completamente á cargo de los representantes autorizados del mismo país, con la única sujeción á las reglas generales necesarias.

117. Para el catálogo será preciso que la autoridad central de cada país extranjero suministre á los comisarios de S. M., antes del 1^o de enero de 1862, una descripción de las obras artísticas que hayan de figurar en la exposición, especificando en cada una el nombre del artista, el título de la obra, y cuando fuere posible la fecha de su ejecución.

—Por orden, F. R. Sandford.—Oficinas de los comisarios de S. M., 454, West-Strand, London, W. C.

Expedición de Cochinchina.

Extractamos á continuación una correspondencia francesa fechada en la rada de Punta de Gales á 17 de abril, y suscrita por M. F. Roux, autor de los dibujos que acompañan.

Escribiendo, dice esta carta, despues de la publicación de los partes oficiales concernientes á la toma de las líneas de Ki-Hoa en los días 24 y 25 de febrero, poco tendré que decir sobre el conjunto de las operaciones del cuerpo expedicionario de Cochinchina, colocado bajo el mando superior del vicealmirante Charner. Por consiguiente, me limitaré á trazar algunos dibujos que representan los principales episodios de aquella corta y brillante campaña, cuyo efecto ha sido inmenso en Cochinchina, así como en todos los países del extremo Oriente.

Como el general de Vassoigne, encargado del mando puramente militar, fué uno de los primeros que salieron heridos gravemente en el ataque del 24, el vicealmirante Charner no quiso confiar á otro el cuidado de conducir las tropas al fuego, lo que efectuó con inteligencia y bizarría. El almirante se halló muy bien secundado en estas acciones por los oficiales de su estado mayor y por el comandante de escuadron de Coltz, que llenaba las difíciles funciones de comandante de estado mayor.

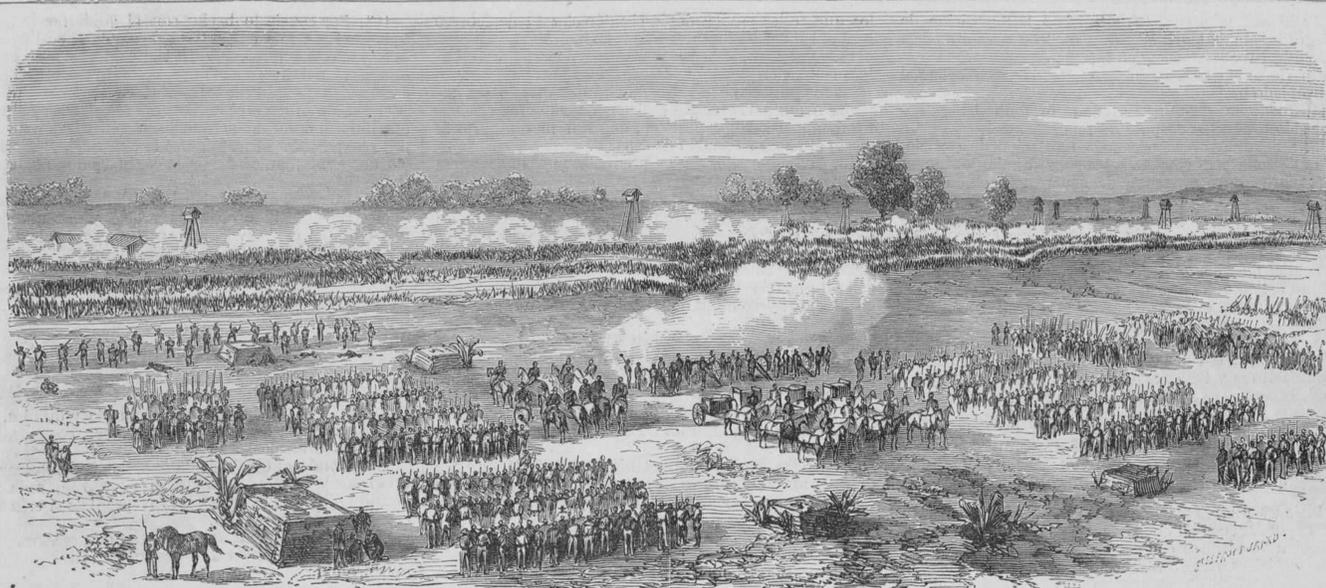
En general todo el mundo cumplió con su deber.

El destacamento español adjunto al cuerpo expedicionario, mandado por el coronel Palanca, se distinguió por su valor en la pelea y por su vigor en las marchas por las llanuras abrasadas: no hay duda que ha sostenido con honor la reputación de bizarría de la infantería española.

El segundo batallón de cazadores de infantería y el tercer regimiento de infantería de marina que ya habían figurado honrosamente en la expedición de China, combatieron también con arrojo y firmeza. No puedo pasar en silencio la laudable conducta del batallón perteneciente al cuarto regimiento de infantería de marina, que desde hace largo tiempo da guarnición en Saigon.

Por último, los marinos tienen también su buena parte en los peligros y las glorias de los días 24 y 25 de febrero, y al fin de la campaña han podido convencerse de que lo mas difícil en la guerra no era correr al fuego.

Hay distintas opiniones en cuanto á la importancia de la Cochinchina, ó mas bien de la provincia de Saigon, que debe considerarse como tierra francesa, pues creemos que se ha derramado ya en ella bastante sangre para que se piense en abandonarla. Esta conquista tan bien principiada por el vicealmirante Rigault de



ATAQUE DE LAS LINEAS DE KI-HOA, EL 24 DE FEBRERO.



CORTINA TOMADA POR LA INFANTERIA ESPAÑOLA CON LOS MARINOS FRANCESES DE DESEMBARCO.

Genouilly, y tan felizmente terminada por el vicealmirante Charner, ocupará sin duda dentro de poco el primer puesto entre las colonias francesas de ultramar.

Para hacer de este país un centro comercial y militar de cierta importancia, no se necesita más que un hombre inteligente á la cabeza del gobierno, firme de carácter y con un plan que esté bien decidido á llevar á cabo.

En efecto, esta hermosa tierra prosperará no más que con una buena administración, y la prisa que se han dado las poblaciones para hacer acto de sumisión cerca del almirante Charner, prueba que el sentimiento nacional está poco desarrollado, y que no hay que temer para lo suce-

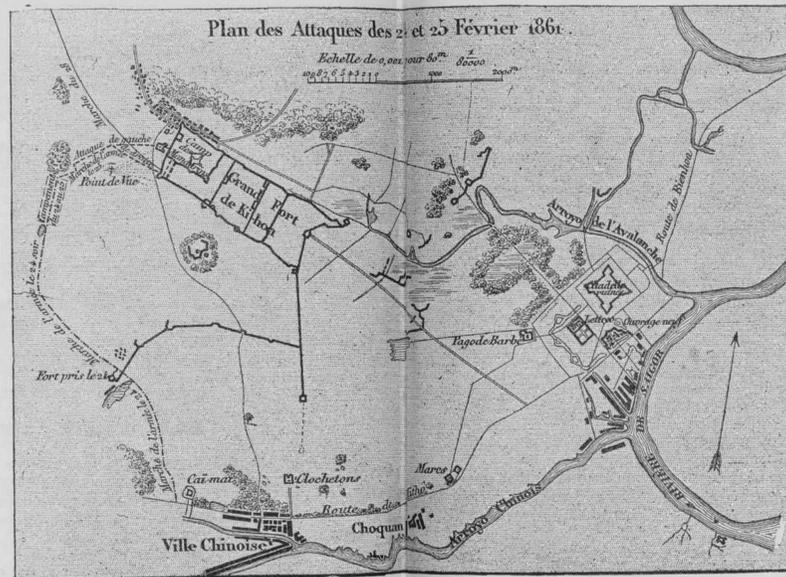
sivo ni resistencia ni sublevación por parte de los anamitas.

Los combates de Ki-Hoa habrán pues valido á la Francia una colonia tan notable por la riqueza y variedad de sus productos, como por su doble posición topográfica y geográfica.

Se ha dicho y con razón, que los ríos siendo caminos que van solos, enriquecen las comarcas que riegan. Pero esas vías de comunicación tan cómodas en efecto, siguen por lo común una dirección constante, en vez que aquí las mil corrientes de agua que surcan el país, suben y bajan alternativamente al menos una vez cada veinte y cuatro horas; ventaja inapreciable para el comercio, y que se debe á la influencia del flujo y reflujo del mar, que se hacen sentir á



SOLDADOS FRANCÉSES CON EL UNIFORME DE CAMPAÑA.



PLANO DE LOS ATAQUES DE LOS DIAS 24 Y 25 DE FEBRERO DE 1861.

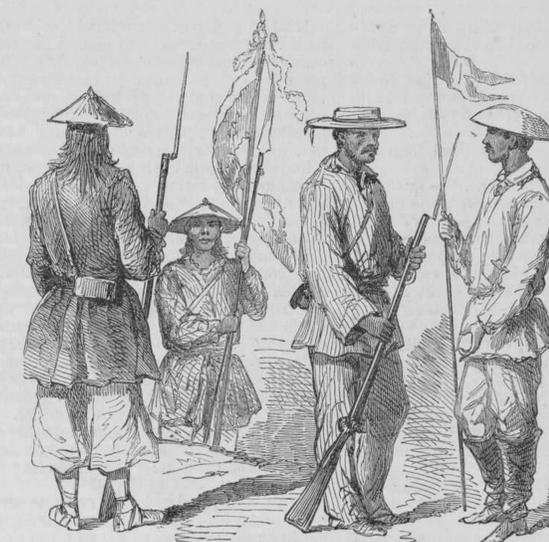
mas de 180 millas en el interior de las tierras. Algunas de estas magníficas corrientes de agua, de una anchura de cerca de una milla, son navegables para los buques mayores á distancias de la costa variables entre 80 y 100 millas.

En vano se buscaría en todos los mares de la Indo-China un puerto que presentara tan grandes ventajas como Saigón para centro de un apostadero marítimo. 1º Corresponde á todas las exigencias de una buena estrategia; 2º permite construir á poca costa diques para gobernar los buques; 3º la parte alta del país suministra abundantemente maderas de construcción, y 4º el cabo Santiago, situado abajo del río, es accesible á los buques de vela procedentes del Norte ó del

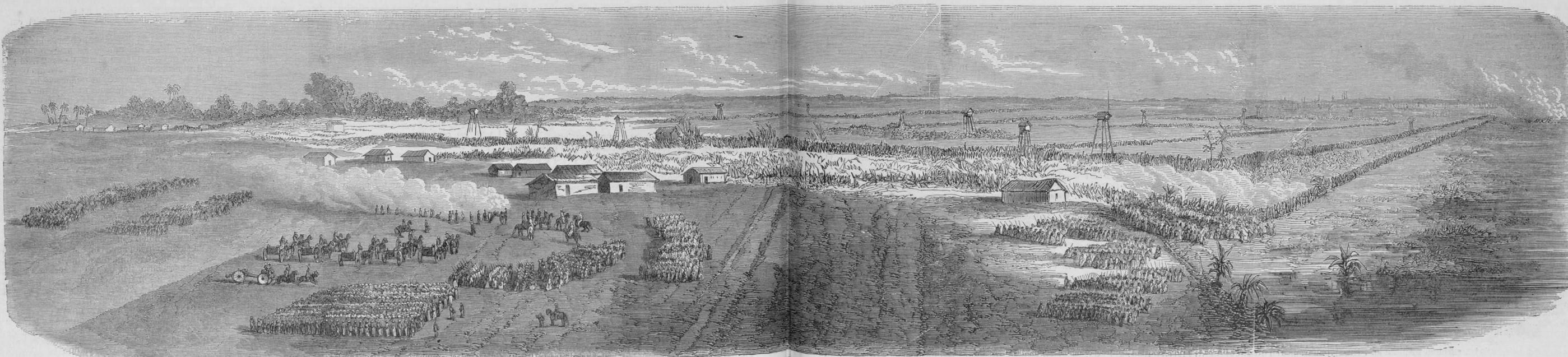
Sur, sea cual fuere el viento reinante.

Con la ocupación de Mitho, todo el comercio de Camboya pasará forzosamente por manos francesas, y sabido es que ese reino exporta cantidades considerables de pescado seco que halla una salida asegurada en los grandes mercados de la China, sin contar los otros productos, tales como el arroz, la seda, el marfil, etc. Ya el rey de este país se ha puesto en comunicación por embajada con un oficial de la marina francesa, M. Galley, comandante de la cañonera *la Dragonne*, que ha sido autorizado por el almirante para continuar sus relaciones amistosas.

Por otra parte, la Cochinchina produce anualmente por término medio mas de 20,000 toneladas de nuez; así



SOLDADOS ANAMITAS Y ESPAÑOLES.



ATAQUE GENERAL DE LOS FUERTES DE KI-HOA, EL 25 DE FEBRERO DE 1861.

Columna de izquierda: 4º y 3º de marina.

Hospitalillo. Artillería, última posición, tiro de metralla.

El vice-almirante Charner y su estado mayor. 2º batallón de cazadores formando reserva.

Hospitalillo.

Columna de la derecha; marinos franceses é infantería española.

Fuerte anamita batiendo de flanco á la columna de la derecha.

es que se considera como el granero de los países del extremo Oriente. Los demás artículos de exportación son el algodón, la seda, el tabaco, el aceite de coco, los cueros y astas de búfalo, etc. F. R.

UNA HISTORIA INGLESA.

SEGUNDA PARTE.

(Conclusion.)

— Lo sé... sé que puedo vivir diez años, veinte años más y morir de otra enfermedad cualquiera.

— ¡Enfermedad! ¿Qué enfermedad?

— No, no hay motivo para alarmarse; ya ves que yo no tengo miedo. Lo recelaba hace muchos años; pero solo después que estuve en París he adquirido sobre ello una certeza.

— ¿Estuviste enfermo en París? Nunca lo has dicho.

— No... porque... Phineas, ¿crees hallarte en estado de oír toda la verdad? Debes hacerte cargo que al cabo y al fin nada puede modificar la situación... no moriré por eso una hora antes...

— ¡Qué verdad! Por Dios, explícate pronto, amigo mio.

— Insistiendo yo en que me hablara francamente, el doctor K*** me dijo que tenía la enfermedad que yo había creído, y contra la cual la ciencia es impotente. No mata al instante; me dijo que podía vivir muchos años, que hasta podría llegar a una edad muy avanzada, pero que también puedo morir de repente de un momento a otro, lo mismo que tu padre.

John pronunció estas palabras con una voz suave y con mas serenidad de la que hoy tengo yo para escribiras; y yo escuchaba... escuchaba...

— ¡Phineas!

Sentí que su mano se apoyaba en mi hombro; aquella mano que me había guiado toda la vida como la de un hermano.

— Phineas, nos conocemos hace cuarenta años. Nuestra amistad y nuestra fe ¿son tan débiles que uno de los dos pueda temer la muerte para sí ó para su hermano?

Hizo una pausa, y luego prosiguió con un tono que acusaba cierta reconvención:

— Phineas, nadie mas que tú lo sabe... Veo que tenía razón en vacilar; casi debería no haberte dicho nada.

Entonces me levanté, y á mis instancias me declaró la verdad toda. Hasta entonces la enfermedad le había hecho padecer poco comparativamente; los ataques eran raros é instantáneos. Siempre tenían lugar cuando estaba solo, ó bien había conocido que llegaban, y había tenido tiempo de retirarse á fin de soportarlos en la soledad.

— Hasta hoy he podido hacerlo, continuó; ella nada ha sospechado... mi mujer, quiero decir.

La voz le faltó.

— El pensamiento de mi mujer me ha sido terrible á veces. Quizás habría debido decírselo. Muy á menudo me resolví á declararle la verdad, y luego cambié de opinión... Ultimamente, después que estubo enferma, he creído que sería inútil.

— ¿Preferirías que tu mujer...?

John completó tranquilamente la frase que yo no me atrevía á concluir.

— Sí, preferiría que se fuera antes que yo... padecería menos ¡y la separación sería tan corta!...

John hablaba de la muerte como se hablaría de una nueva morada, de un viaje próximo. Hacía tiempo que se había familiarizado con esa idea solemne, y el último terror de la humanidad para él no lo era. Mientras hablaba, pareció que algo de su alma penetraba en la mía, y comprendí cuán corto es el momento que separa esta vida mortal de la vida inmortal, esas dos vidas que no hacen mas que una á los ojos de Dios.

— Sí, continuó, ese es justamente mi pensamiento. Para mí hay algo de impío en esta expresión: « Me prepararé á la muerte, » como si no estuviésemos continuamente á voluntad de Dios, ¡como si no debiésemos estar siempre prontos á responder á su llamamiento!... ¿No recuerdas lo que me dijiste un día?...

— ¡Ah! ¡aquel día!...

— La conversacion es penosa, Phineas; dejémosla.

— No, prosigue.

— He pensado que ya que este ataque ha sido algo mas doloroso que los anteriores, sería bueno prevenir á alguien; es un gran consuelo para mí el poder hablarte de esto, un gran consuelo, Phineas... no lo olvides nunca.

En efecto, nunca lo he olvidado.

— Dos palabras mas, continuó, y mi alma quedará sosegada. Ya ves que aunque yo pueda y me prometa vivir todavía muchos años, jamás puedo estar seguro de un solo día, y debo tomar mis precauciones... ahora estaré mas tranquilo en casa... salgo rara vez sin que me acompañe uno de mis hijos... Sin embargo, por temor de... mira.

Y me enseñó su cartera. En una tarjeta en que estaban su nombre y sus señas, leí estas palabras escritas por él: « A mi casa, y avisad con cuidado á mi señora. »

Al devolverle la cartera cayó una carta arrugada y amarillenta... la única carta de amor de su mujer...

John la recogió, la miró, y la volvió á meter en la cartera.

— ¡Pobre querida mia!... exclamó suspirando... Mucho me alegró que Guv haya vuelto á casa... tan con-

tento con la felicidad de Madelina... Escucha: ¡cómo se rien!...

Y una sombra de dolor oscureció el semblante del padre, de aquel tierno padre, para quien eran tan dulces todas las alegrías del hogar doméstico...

Pero se desvaneció prontamente.

— ¡Cuán contentos están!... ¡qué bien se ha podido arreglar todo para vosotros y los nuestros!... Ursula lo ha dicho bien; ¡no tenemos hoy un solo cuidado!...

Yo aproveché con avidez estas palabras, pues el doctor K*** había declarado que si John llevaba una vida tranquila y exenta de inquietud, quizás podría llegar á una edad avanzada.

— Sí, como tu padre... ¿quién sabe, Phineas? puede que aun seamos ancianos.

Al decir esto se levantó. En apariencia estaba fuerte, muy lleno de salud y de ánimo, cuando apenas estaba en los límites de la edad de que hablaba. Y yo tenía mas años que él.

— ¿Quieres venir ahora á dar las buenas noches á los niños?

Vacilé un instante, y luego me decidí á seguirle.

Cuando los jóvenes se retiraron, aun pasé un largo rato hablando con John, quien tenía la mano apoyada en mi hombro, como en nuestros tiempos juveniles.

Lo que nos dijimos entonces no lo escribiré, bien que me acuerde de ello palabra por palabra... y él se acuerda también, no lo dudo.

Luego nos estrechamos la mano.

— Buenas noches, Phineas.

— Buenas noches, John.

XIX.

VIERNES 1º DE AGOSTO DE 1834.

Muchas personas recuerdan todavía ese día, que apareció claro y radiante para toda la Inglaterra. Todas las campanas tocaban; las corporaciones marchaban en procesion con las banderas á la cabeza; los obreros y los niños de las escuelas no trabajaban; en las ciudades como en los campos había un júbilo general, porque la Inglaterra había pagado alegremente sus veinte millones, y en todas sus colonias quedaban libres los negros.

Toda la mañana John la pasó con su mujer; la llevó de paseo en su carruaje, y por la tarde despues de la comida, se fué con ella debajo de un frondoso fresno en donde podía aspirar los suaves olores del heno recién cortado, y oír el murmullo del arroyo en el bosquecillo.

El marido se sentó en la yerba á su lado para divertirla con sus bromas. La decía que estaba admirable con su sombrero nuevo y su hermoso pañuelo blanco, el pañuelo que la había regalado Guy, pero que su hijo no había tenido en realidad tiempo para admirarla, porque en la escuela de niños daban un *gran té*, y había querido acompañar á la reunion á su hermana política, á su hermana, y á otra señorita cuyos ojos brillaban de gozo como los de una hermana, cuando los alzaba sobre su antiguo compañero de juegos infantiles.

Sin embargo, no era hermana de Guy; era poco probable que lo fuera nunca, y yo me preguntaba si en el secreto de su corazón no comenzaba Guy á celebrar esta circunstancia.

— Ya verás, exclamó John con una sonrisa, ya verás cómo acaba todo esto; nuestros tiernos pajarillos no tardarán en desplegar sus alas, y pronto tú y yo nos quedaremos solos.

— No le hace, John.

Y al bajarse le dió uno de aquellos besos apacibles tan suaves para él, entonces que ya su mujer no era jóven, como al principio de su enlace.

— No le hace, repitió; en otro tiempo estuvimos los dos solos, y lo mismo estaremos ahora; seremos muy dichosos; nos bastamos el uno al otro.

— Sí, querida mia; el uno al otro.

Estas últimas palabras, el tono con que fueron pronunciadas, los dos esposos sentados debajo del árbol, el sol que hacía brillar en el dedo de Ursula el anillo de su matrimonio, y devolvía al rizado cabello de John el color dorado que tenía en la juventud, todo esto se halla aun presente en mi memoria, y forma un cuadro tan vivo como si le hubiese visto ayer por la vez primera.

Yo me había retirado á mi cuarto cuando John vino á buscarme para que diésemos nuestro paseo ordinario sobre el terrado favorito de la meseta. No quería faltar; decía que el día le parecía incompleto cuando no había visto la puesta del sol. Así era que nos paseábamos casi todas las tardes durante una hora, y á veces nos sentábamos en una rinconada que se hallaba un poco mas abajo de la meseta. Allí, esto es, desde el asiento mas elevado de aquel anfiteatro natural, podíamos ver la casa de las Rosas y la fuente en donde bebía el ganado, la masa sombría y verdosa que formaba el bosquecillo, y mas allá Nunnely-Hill, por detrás del cual se ponía el sol.

Despues de habernos paseado menos tiempo que de costumbre, pues hacía calor y el día aquel nos había cansado, nos sentamos á conversar de varias cosas, sobre todo de Longfield, donde se trataba de construir un cuarto mas para los nietos.

— Veo que jamás estaremos libres de criaturas, dijo riendo. Longfield será los veranos una colmena de ellas, como lo ha sido ya; pero en invierno estaremos mas tranquilos, nos quedaremos junto á la lumbre, y nos engolfaremos en nuestros libros... ¿no es verdad, Phineas? Tú me ayudarás á tomar apuntes para esas lecturas bú-

blicas que desde hace diez años he tenido siempre intención de hacer en Norton-Bury. Repasaremos nuestro añejo latin y hojaremos los poetas modernos... temo que ofrezcan poco interés... no hay ya poetas como nuestro Shakspeare, ni siquiera como vuestro homónimo, el digno Phineas Fletcher.

— ¿Te acuerdas, John, de la *Vida y las ocupaciones del pastor* que te gustaban tanto? Las considerabas como el ideal de la felicidad y la paz.

— No he cambiado de opinión. *Sé fiel á los ensueños de la juventud*, dice el antiguo poeta alemán, y yo no he sido infiel á los míos. He tenido una vida feliz, á Dios gracias, y lo mas notable, lo que pocos hombres pueden decir, es que me ha dado el género de felicidad que yo me habría elegido. Creo que lo mismo les sucedería á todos si el cristiano, al cumplir fielmente con sus deberes, dejara lo restante á manos mas sábias que las suyas.

Y al hablar así contemplaba el sol que bajaba lentamente hácia el horizonte.

— ¿Te acuerdas, repuso, cómo nos gustaba tendernos sobre la yerba en el jardín de tu padre, donde nunca podíamos ver la puesta del sol sino á través de los árboles de la abadía? Desearia saber si cortan siempre con tanto cuidado el cercado de tejos.

— Hoy mismo me ha dicho Edwin que unos nuevos inquilinos van á establecer un parador en la antigua casa y á cambiar el cesped en un juego de bochas.

— ¡Qué vergüenza! Quisiera poder impedirlo. Y sin embargo, no; añadió al cabo de una pausa; ¿no debemos mas bien someternos á la ley universal del cambio? Cada cual en el mundo ocupa su puesto, llena su día y luego desaparece como ese sol. Únicamente, nosotros ignoramos adonde va el sol, en tanto que sabemos adonde vamos nosotros; conocemos el camino... ¡el mismo ayer, hoy, siempre!

John hablaba todavía, cuando vimos á todos los jóvenes que salían de la casa de Mrs. Tod y nos saludaban desde abajo.

Mistress Edwin conversaba con la buena mujer que admiraba mucho su niño, si bien no podía admitir que pudiese haber criaturas comparables con las de Mrs. Halifax.

Edwin platicaba gravemente con su hermano Guy, y á su lado Gracia Oldtower, mas linda y hechicera que nunca, hacía un ramillete para Luisita.

Mas abajo había otras dos personas que se paseaban con lentitud, olvidando sin duda al mundo entero.

— A veces me dan tentaciones de creer que aquellos dos, William y Madelina, serán los mas felices de todos, dije yo á mi amigo.

John se sonrió, los miró un instante, y luego se extendió en la cuesta alfombrada de yerba, siempre con los ojos vueltos al ocaso.

Cuando el sol se encontró al nivel con el puesto en donde estábamos nosotros, John se bajó su sombrero de paja sobre la cara y cruzó sus manos sobre el pecho, en la actitud del sueño.

Yo sabía que estaba cansado, y así fué que guardé silencio y le tapé con mi capa.

John alzó los ojos y me dió gracias con una sonrisa. ¡Un día... un día, le reconoceré en aquella sonrisa!

Permanecí á su lado como una media hora mirando el sol que bajaba lentamente hácia Nunnely-Hill, y cuyo disco encendido se destacaba claramente sobre un cielo sin nubes.

Madelina y William subieron la colina dirigiéndose hácia nosotros. Yo con una señal les avisé que no hicieran ruido á fin de no turbar el sueño de John, y ellos se sentaron en silencio á nuestro lado.

El sol bajaba mas y mas; en breve distinguimos solo una media luna, luego una línea, luego un punto luminoso, luego... el astro había desaparecido...

Y nosotros continuábamos sentados, con gravedad, pero no con tristeza, contemplando el resplandor que había dejado en pos de sí, y bien seguros de que al día siguiente aparecería de nuevo en toda su gloria.

— Principia á hacer fresco, dijo Madelina; creo que deberíamos despertar á mi padre.

Se acercó á él, puso la mano sobre la suya, y retrocedió espantada y gritando:

— ¡Padre mio!

Yo hice que se alejara, y quité el sombrero á John... ¡Ah! ¡John! John estaba ya lejos, bien lejos en verdad... Había vuelto al seno de Aquel á quien había servido como un fiel servidor... ¡en tanto que dormía, el amo le había llamado á sí!...

Sus dos hijos le trasportaron á la falda de la cuesta; le tendieron en el cuarto alto de la casa de Mrs. Tod, y luego yo me fuí á casa á decir á Ursula.

Ursula estaba al fin tranquila tendida en su cama, pálida como una muerta, pero serena. Serian las diez y la dejó con sus hijos que la velaban.

Salí y subí á casa de Mrs. Tod para pasar una hora en la soledad cerca de aquel á quien ya no debía ver sino al cabo de *un poco de tiempo*, como él había dicho.

— ¡Un poco de tiempo!

Yo me consolé repitiendo estas palabras. Parecía oír á John que las pronunciaba á mi lado con la mano apoyada en mi hombro; John, bien diferente de como estaba delante de mí, hermoso con esa belleza que únicamente la muerte imprime en las facciones, mas jóven que parecía aquella misma mañana, como si le hubieran quitado veinte años.

— Adios, John, adios, tú que has sido mas que un hermano para mí; adios, por un poco de tiempo.

— Preguntad, respondió de Hartley con ostensible mal humor por todas aquellas dilaciones.

— ¿Qué desea su señoría?

— ¡Ira de Dios! ¡que abrais! rugió mas bien que contestó el capitán.

— Enrique! exclamó con gozo la voz del que antes había preguntado.

— ¡Leonelo! contestó Hartley reconociendo el acento de su amigo.

— ¡Tú aquí, Enrique! Pero ¿qué deseas? Dílo desde ahí porque no puedo abrirte.

— ¡Cómo!

— Imposible. La princesa Juana ha marchado ayer á Paris, y poco despues de separarme de tí hallé á un expreso que iba á buscarme: respondo con mi cabeza de los prisioneros de guerra, y la consigna es no abrir á nadie sin una órden firmada de la princesa.

— ¿Ni aun para recibir mas prisioneros de guerra?

— Ni aun para eso: diez caballeros franceses acabo de enviar desde esta puerta á la fortaleza de Beaurevoir, á fin de que sean guardados allí.

— ¡Dos dias de camino! guturó Hartley; por cierto que esta hereje no merece tanto.

— ¡Ah! ¿es la guerrera? preguntó Leonelo con un acento en el que se descubria una commiseracion dolorosa y profunda.

Y adoptando al instante el lenguaje de su cargo, añadió con voz fuerte:

— Messire, segun las órdenes de la princesa mi señora, debeis conducir á vuestros prisioneros á la fortaleza de Beaurevoir.

El ruido acompasado de una armadura dió á conocer que el capitán se alejaba de las troneras de la torre.

— A la fortaleza de Beaurevoir, dijo sire de Hartley con visible mal humor.

Juana dejó escapar en aquel instante un débil suspiro, y los soldados, volviendo á tomar los extremos de la camilla que habian dejado en el suelo, se pusieron otra vez en marcha.

XVII.

Trece dias despues y á eso de las cuatro de la tarde, una escena desgarradora tenia lugar en la prision de Juana d'Arc, situada en una torre alta y estrecha del antiquísimo y sombrío castillo de Beaurevoir.

Era un aposento que apenas tendria diez piés cuadrados, y cuyas paredes contarian por lo menos uno de espesor.

Alumbrábalo una ventana abierta en el muro y bastante baja: esta ventana no tenia para cerrarla mas que una red de alambre guarnecida de un marco de encina y que se abria hácia adentro, pues á causa del carácter dulce y casi angélico de Juana no se habia juzgado necesario cerrarla con hierros.

No obstante ser aun temprano, una lámpara de hierro estaba encendida: esta lámpara pendia del techo por medio de una larga cadena y alumbraba débilmente el aposento.

Una cama miserable, dos banquillos de madera ennegrecidos por el tiempo, y un cántaro de barro lleno de agua, componian todo el mueblaje de aquel triste recinto.

Sentada en uno de los banquillos se hallaba Juana; sobre el otro, situado junto á ella, se veia una copa de barro con agua.

El semblante descolorido y desfigurado de la jóven decia claro cuánto habia padecido su cuerpo durante aquellos trece dias: aun llevaba vendada la cabeza, y aunque no tenia grillos ni esposas, su propia debilidad la sujetaba á una inmovilidad casi completa.

Hacia algun tiempo que parecia dormitar, cuando un sordo ruido que se oyó en la puerta, le hizo levantar la cabeza con sobresalto.

Vióla entreabierta y asomar á ella los rostros ennegrecidos de algunos soldados de su guardia y se puso á temblar.

— ¡Hola, hola! ¿Se duerme? dijo uno entrando atrevidamente.

Juana se levantó y se retiró hácia la pared como una pobre gacela acosada por los cazadores.

— ¡Cáspita, mozueta, no eras tan asustadiza cuando matabas á diestro y siniestro! dijo otro de los soldados entrando en la prision.

— Señores, idos, exclamó la doncella sobrecogida de terror: ¡no queráis, por Dios, repetir la horrible escena de ayer!

— ¡Sobre que hoy no nos vamos sin un beso de tu boca cada uno! dijo el guardian poniendo su mano sobre el hombro de la jóven.

— Sí, sí, un beso, un beso á cada uno, gritaron en coro los demás.

— Ayer nos fuimos porque oimos los pasos del gobernador.

— ¡Oh, pero hoy no vendrá!

— ¡Qué ha de venir! Está dando un convite para celebrar la prision de esta buena pieza.

— Y á nosotros tambien nos ha tocado nuestra parte; hemos cenado bien y ahora solo nos falta que esta niña.

— ¡Miserable! ¡estais embriagados todos! gritó la desdichada retorciéndose las manos y dejando escapar de sus ojos lágrimas de desesperacion.

No pudo decir mas: miró en derredor suyo atónita, desolada; de su pecho se escapaba su respiracion como un gemido: estaba sola... sola, á merced de aquella soldadesca sin freno.

— Sí, mira, mira, dijo con una brutal carcajada uno

de los soldados: no hay nadie: no vendrá nadie; tenemos permiso... para hacerte compañía.

— ¡Oh, Dios mio! exclamó de nuevo la niña dejándose caer de nuevo en su asiento. ¡Oh, Dios mio! ¿Qué será de mí?

— Vaya, vaya, sé mas humana: ¿te parece que no debes agradecerme el que te paguemos con abrazos la muerte que has dado á nuestros compañeros?

— ¡Oh, perdon, perdon! exclamó Juana cayendo á los piés de aquellos hombres. ¡Perdon! ¡Sed generosos! Yo obraba impulsada por una voluntad mas fuerte que yo... Dios me mandaba hacerlos la guerra... ¡Perdon!...

— ¡Ea, en pié! gritó brutalmente uno de ellos levantándola por los hombros: en pié, y basta de lágrimas: te haremos compañía hasta la aurora.

— ¡En nombre de vuestras madres, tened compasion de mí!

El rudo abrazo de uno de los soldados apagó la voz en los labios de la jóven; aquel villano habia pasado por detrás de Juana, y ciñó con sus nervudos brazos su delicado talle.

La desdichada dió un grito penetrante al mismo tiempo que los soldados prorumpian en risas y exclamaciones de gozo; pero como iluminada por una idea feliz, se desasíó con una fuerza sobrehumana, corrió á la ventana entreabierta, la abrió del todo y se arrojó por ella.

Habia sido ejecutado todo esto con tanta rapidez, que los soldados, entorpecidos con la bebida, no pudieron evitarlo, y al verla desaparecer, solo un grito de espanto se escapó de todos aquellos pechos endurecidos.

Huyóse la embriaguez de todos los cerebros, y cada cual comprendió la pena á que se habia hecho acreedor dejando escapar á la prisionera: era la pena de muerte.

Lanzáronse como un desbordado torbellino á la puerta, y sin dar la voz de alarma corrieron al camino donde solo pensaban hallar el cadáver mutilado de Juana.

Esta respiraba y ni aun la habia abandonado el conocimiento.

Los soldados, al verla viva, lanzaron un grito de alegría, y algunos de ellos corrieron á avisar al gobernador, quien dejó la mesa apresuradamente y se dirigió con todos sus comensales al lugar de la catástrofe.

— ¡Cuando digo yo que es bruja! exclamó al verla con los ojos abiertos y el semblante tranquilo á pesar de los crueles dolores que sufría.

— No hay duda que lo es, repuso con gran prosopopeya uno de los señores ingleses; pero la fortuna es que pronto dará cuenta la hoguera de su embrujado cuerpo.

— Hasta tanto, yo la compondré, añadió el gobernador. ¡Hola! ahora mismo atadla sobre una mula y llevadla al castillo de Crotoy. Vos, messire de Hartley, la custodiareis con vuestra compañía de arqueros: la pondreis en el mas húmedo y profundo calabozo, y la cargareis de grillos y esposas. Señores, á la mesa, y que mi copero nos escancie el comfortable rhin para olvidar tan desagradable interrupcion.

Juana fué levantada del suelo por los mismos que poco antes querian ultrajarla tan villanamente; no podia moverse; todo su frágil cuerpo se habia magullado horribilmente en la caída, y segun las órdenes del gobernador, la ataron con fuertes ligaduras sobre una mula, que tomó el camino del castillo de Crotoy, fuertísima prision de estado.

Rodeaban á la cabalgadura los arqueros de Hartley con los arcos montados; y el mismo capitán caminaba al lado de la prisionera con la espada desnuda y con la firme intencion de atravesarla de parte á parte al mas leve movimiento.

XVIII.

— Madre, decia Luis XI una mañana al tiempo de levantarse á María de Anjou; madre, ¿cuándo van á matar á esa mujer que llaman la hereje?

La reina no respondió de otro modo que besando al pequeño delfin en la frente, en tanto que uno de sus camareros enlazaba al rededor de su cuello una cadena de oro que le daba nueve vueltas.

— ¿No me respondes, madre? exclamó Luis impaciente; y luego repitió hiriendo el pavimento con su pequeño pié; ¡he preguntado que cuándo van á matar á esa hereje!

— Pronto, muy pronto, hijo mio, contestó con un suspiro la dulce María.

— ¿Es verdad que la van á quemar?

— Sí.

— Así me lo ha dicho mi ayo Florimundo Robertel. ¡Oh! ¿qué cosa tan divertida debe ser el ver tostarse á una persona como si fuera un faisán!

— Luis, gritó severamente María: ¿es eso lo que yo os he enseñado? Debemos compadecer á esa desdichada.

Luis, el que luego bajo el nombre de Luis XI habia de ser el sanguinario y supersticioso rey de Francia, se volvió á su padre, que sentado en un rincón de la cámara, leia un tratado de cetería.

— Padre, dijo acercándose á él y separando con rudeza á su hermana la princesa Carlota que se apoyaba en las rodillas del rey; padre, ¿dónde van á quemar á la hereje?

— En Ruan, hijo mio, respondió el rey.

— ¿Cuándo?

— Dentro de muy pocos dias.

— ¿Iremos á verla?

— Estás enfermo.

— ¡Oh! no. ¡Yo quiero ir á verla! Eso me pondrá bueno.

— Llevaos á monseñor, dijo María dirigiéndose á los ayudados de cámara con aquel soberano imperio que algunas veces sabia adoptar.

El delfin salió llorando de cólera, y la reina se dirigió apresurada hácia su esposo.

— ¿Es cierto lo que he oido, señor? exclamó en tanto que su noble frente se vestia con el rubor de la indignacion: ¿vá á ser ejecutada la que os ha dado el trono de vuestro padre y la corona que ciñe vuestra frente?

— Sí, señora, contestó Carlos VII con frialdad. Pedro Cauchon, obispo de Beauvois, es quien se ha ofrecido á satisfacer los deseos del duque de Bedford, exponiendo sus derechos á sentenciar á Juana d'Arc.

— Pero, señor, exclamó María, ¿olvidais que el duque de Bedford es vuestro mas cruel enemigo? ¿Olvidais que Pedro Cauchon ha sido expulsado de su diócesis por su conducta escandalosa? ¿Qué poder tienen un inglés y un indigno sacerdote para sentenciar á una vasalla vuestra que es además vuestra bienhechora?

— El vicario general del obispo ha escrito á mi primo de Borgoña y al conde de Ligny, para que le cedan todos sus derechos sobre Juana.

— ¿Y vuestro primo de Borgoña y el conde no os han consultado acerca de esto?

— Sí, señora; pero añadiendo que será en vano que me oponga á los deseos del duque de Bedford: que se me consulta por consideracion, y que Juana d'Arc es su prisionera de guerra.

— ¿Y así la abandonais?

— ¿Qué he de hacer? La universidad de Paris ha decretado además, que Juana no puede eximirse de la censura eclesiástica, «por cuanto ha vulnerado la honra de Dios, ha debilitado la fe y desconceptuado la Iglesia católica» (1); además, señora, fuerza es deciroslo todo: Sire de Cauchon ha dado á nuestro primo de Borgoña diez mil francos para que Juana d'Arc le sea entregada.

— ¡Oh, qué horror! exclamó María de Anjou cubriéndose el rostro con las manos: decid, decid, señor, ¿ha sido consumado ese infame trato?

— Sí, señora.

— ¿Y vos habeis podido consentirlo?

— ¿Qué queréis? Esa mujer era prisionera de guerra de los ingleses, y no puedo hacer otra cosa que admirar la habilidad del duque de Borgoña, que ha hecho que un negocio perdido le produzca diez mil francos. Juana ha sido conducida á Ruan con una crecida escolta, y ayer ha debido terminarse el proceso.

— ¡Ah, Dios mio, Dios mio! ¡qué ingratitud! exclamó la reina llorando amargamente. Señor, nunca sereis dichoso. Vuestra madre tan cruel, tan inhumana, no era capaz de tanta baja y cobardía como vos.

— A la verdad que no os comprendo, María; ¿qué queriais que hiciese?

— Cuando no otra cosa mejor y mas digna de un rey; cuando no haberos reservado el derecho de disponer de Juana, debiais haber mandado tropas que á viva fuerza la arrancasen del poder de la escolta que la conducia á Ruan.

Carlos VII nada respondió, y se puso á pasear por la cámara silbando un toque de caza con la mayor indiferencia.

En aquel momento se oyó el galope de algunos caballos; la reina se asomó á la ventana, y vió entrar en el patio de palacio á Pedro de Giac seguido de dos pages de su casa y de dos escuderos.

— ¡Messire de Giac! dijo María, que fuera de sí de dolor, olvidó por un momento aquella rígida etiqueta á la cual faltó tan pocas veces durante su vida.

Alzó el caballero la vista; vió á la reina y se quitó su pesado casco de acero y oro, descubriendo su cana y severa cabeza é inclinándose con respeto hasta la larga crin de su alazan.

Sus cuatro servidores le imitaron.

— Subid, messire, dijo la reina mas bien con el ademán que con la voz.

Un instante despues se oyeron los pasos pesados de Pedro de Giac en el largo corredor que conducia á la cámara del delfin Luis, ocupada á la sazón por el rey Carlos y la reina María.

Pedro de Giac entró: estaba tan pálido que casi parecia lívido: venia de hacer con su esposa Catalina de Thian aquella terrible justicia que, al saberse, aterró á toda la Francia, y que aseguró el honor, puesto en peligro, de tantos esposos.

Dobló una rodilla, besó la mano del rey y luego hizo lo mismo con la de la reina.

— ¿De dónde venis, messire? preguntó María de Anjou con voz agitada.

— Señora, contestó Pedro de Giac, he costado el Ródano y luego he ido á Ruan.

La voz de sire de Giac era lúgubre; pero María solo se fijó en su última palabra.

— ¡Ah! exclamó; de ese modo me direis cuál es la suerte de esa infeliz.

— ¿Habla V. A. de Juana d'Arc, señora?

— Sí. ¿Qué ha sido de ella?

— Mañana debe ser quemada.

— ¡Oh! ¿qué decís? exclamó la reina: no hace aun un mes que se la encerró en el castillo de Crotoy. ¿Cómo ha bastado tan breve tiempo para la sustanciacion del proceso?

— Todo está ya terminado, señora, repuso Pedro de Giac con su acento sombrío é impasible: la sumaria se ha compuesto de hechos truncados, incidentes ridiculos y absurdos, que demuestran que sus jueces no se han avergonzado de hacer el papel de verdugos. Juana ha

(1) Palabras textuales del proceso de Juana d'Arc.

respondido siempre con el mayor candor y sinceridad, asegurando la verdad de sus apariciones; en diez y seis comparecencias distintas y otros tantos interrogatorios, ha sostenido con impávida perseverancia la exactitud de sus revelaciones.

—¿Le han dado tormento? preguntó Carlos VII cesando de silbar su toque de caza para hacer aquella cruel pregunta.

—¡Tormento! repitió Pedro de Giac con una mirada de extravío: ¡tormento! ¡solo los esposos damos tormento á las esposas infieles!

De Giac acompañó estas palabras con una carcajada nerviosa, y abandonándole la serenidad que hasta allí habia afectado á costa de un supremo esfuerzo de su voluntad, se dejó caer al suelo presa de una horrible convulsion (1).

(Se continuará.)

El príncipe Alfredo de Inglaterra

EN SAN PEDRO DE LA MARTINICA.

El príncipe Alfredo de Inglaterra, embarcado como midshipman en el navío el *San Jorge*, llegó el 7 de marzo último á la Martinica.

A pesar del incógnito que

(1) La historia de Pedro de Giac y la terrible venganza que tomó de su infiel esposa se en-gastarán en la leyenda biográfica perteneciente á la reina de Francia Isabel de Baviera.



S. A. R. deseaba guardar, como su visita habia sido anunciada oficialmente un mes antes al gobernador de la colonia, el contra-almirante Maussion de Condé, habia tomado todas las disposiciones necesarias para que el jóven príncipe fuese dignamente recibido.

Su Alteza Real visitó primeramente Fuerte de Francia, donde permaneció dos días, y luego pasó á San Pedro, donde fué recibido por el contra-almirante gobernador y el cuerpo municipal.

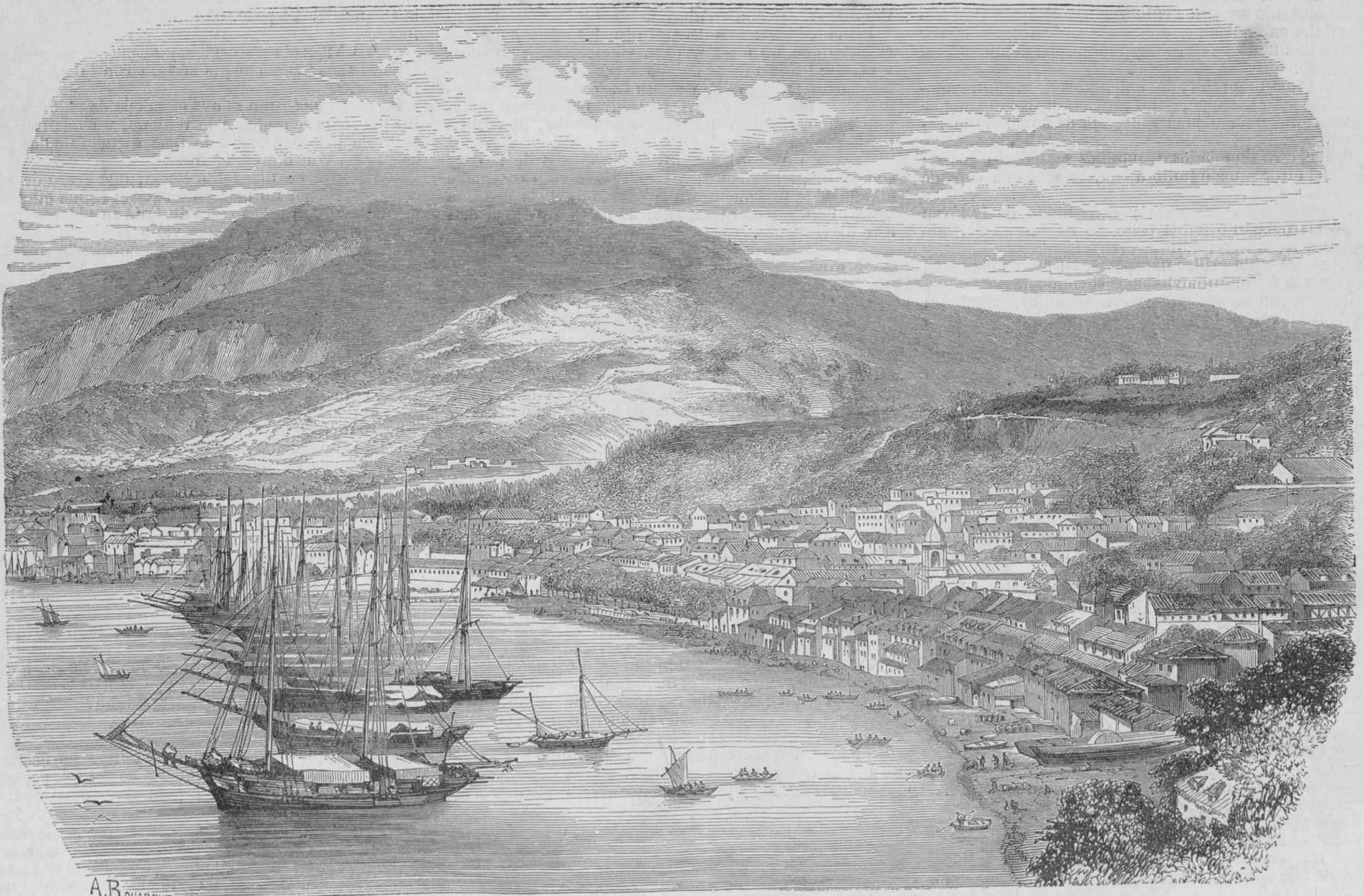
Entre las excursiones que el príncipe ha hecho en San Pedro ó en sus cercanías, la visita al jardín botánico ha parecido interesarle vivamente.

Es verdad que seria imposible imaginar un paseo mas pintoresco y mas encantador que el que ofrece el jardín botánico de la Martinica. M. Bellanger, su director, ha sabido aprovechar las inauditas riquezas que suministra el territorio de la colonia y disponerlas de modo que ha convertido el jardín en una maravilla. Desde el lago donde el príncipe se detuvo algunos momentos, el espectáculo es soberbio. En sus márgenes hay una asombrosa cúpula de verdura formada por palmeras, jamboseros y cañas de bambú gigantes, que reúnen entre sí unas enredaderas plateadas con flores de un rosado vivo.

El príncipe Alfredo salió del jardín despues de haber felicitado repetidas veces á M. Bellanger por su admirable creacion.

X.

VISITA DEL PRINCIPE ALFREDO DE INGLATERRA AL JARDIN BOTANICO DE SAN PEDRO DE LA MARTINICA.



CIUDAD Y PUERTO DE SAN PEDRO DE LA MARTINICA.